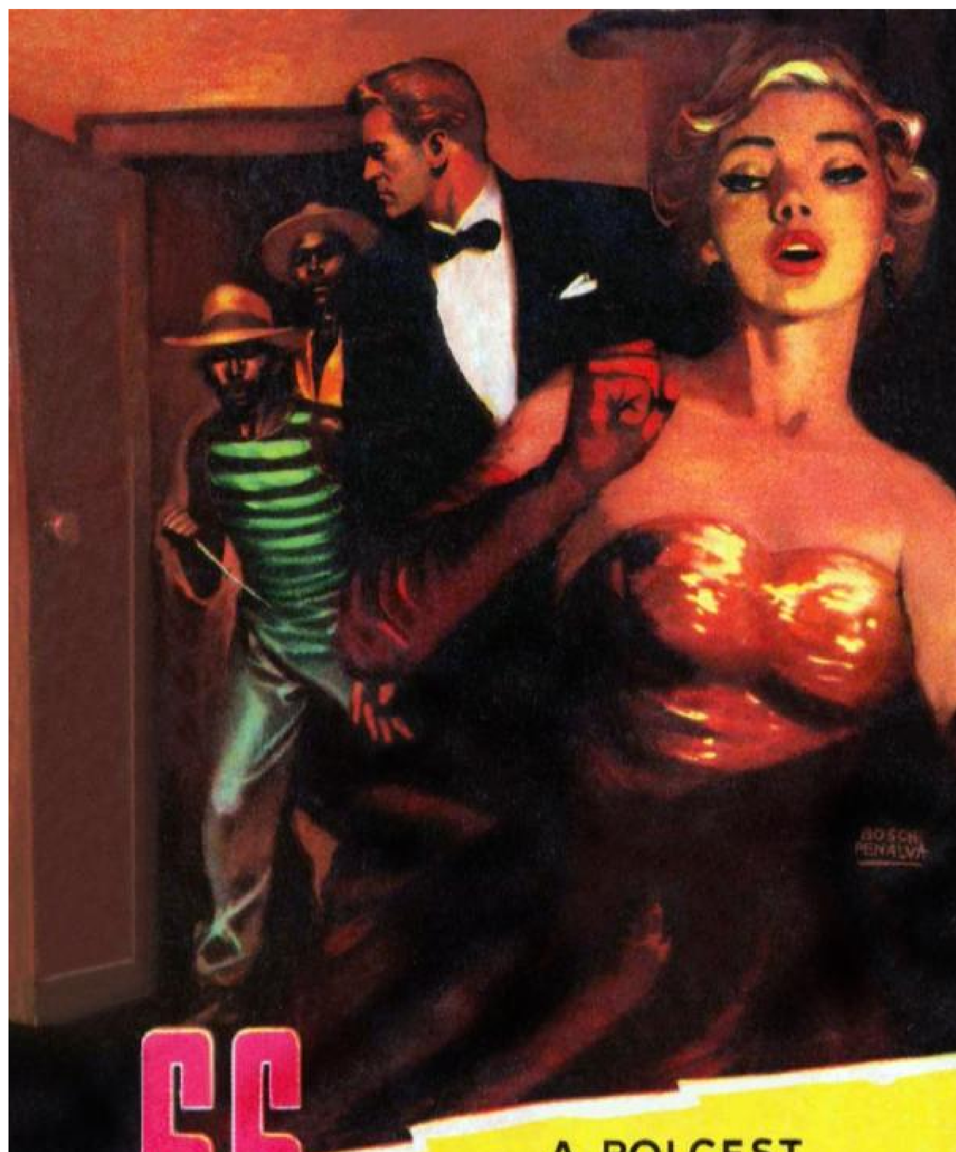


SS
SERVICIO
SECRETO

A. ROLCEST

HECHICEROS DE LA MUERTE

HECHICEROS DE LA MUERTE

A. ROLCEST

Hechiceros de la muerte

1.ª EDICIÓN
MAYO 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

7 — La noche de Bright Garden. 22 — Misión en Extremo Oriente. 57 — Un loco en la sombra. 60 La operación «Greif». 74 — Muerte en los rostros. 81 — Orden de invasión. 100 — Crimen en el «Subway». 103 — Pacto entre llamas. 107 — Al dictado del odio. 119 — Terror en Malaca. 126 — ¡Indochina! — 128 — Héroes en Creta. 136 — Tres hombres en la nieve. 143 — El sector condenado.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2-Barcelona

Hechiceros de la muerte

POR A. ROLCEST



CAPÍTULO PRIMERO

Neida Fellini se soltó de su pareja de baile y haciendo un gracioso gesto, dijo:

—¿No cree, Freddy, que ganaríamos saliendo a la terraza? ¡Es horrible el calor que hace aquí dentro!

Su deformado inglés tenía la alegría que le insuflaba su temperamento típicamente latino. La muchacha italiana, en tanto hacía esta sugerencia, clavaba en Freddy sus espléndidos ojos pardos, segura de que su poder de seducción se harían perdonar lo que pudiera haber de desaire en aquella renuncia a bailar.

Su pareja, un muchacho espigado, de ojos pequeños y mirar inquieto, balbució:

—Como usted quiera, Neida.

—Pero ¿no nota usted el calor?

—¡Oh, sí! Como usted quiera.

—¡Como yo quiera! —repitió la muchacha, con leve burla—. ¿Es que usted no tiene opinión? ¿No nota la temperatura? Aquí nos ahogamos.

Inició los pasos hacia la terraza, segura de que si ella no lo hacía, su pareja sería capaz de seguir diciendo que sí a todo, pero sin moverse.

Eran muchos los que habían abandonado el salón para salir a la terraza o bajar al jardín. La finca, situada en las afueras de Nairobi, servía aquella noche de punto de reunión de lo más destacado de la colonia británica en Kenya. Había también algunas personalidades africanas, de marcada tendencia occidental. Y algún que otro colonizador europeo establecido fuera de Kenya, como el padre de Neida, Pietro Fellini, que desde Eritrea

se había desplazado a la zona oriental inglesa para estudiar a fondo el sistema de colonización británico y al mismo tiempo, para convivir con viejos amigos.

Mala época escogió Pietro Fellini para su viaje de recreo, aunque tal vez el más a propósito para su estudio. Por aquellos días el sistema de colonización británico estaba enseñando los forros.

Kenya se veía sacudida por una oleada de terror. Los negros «kikuyu» de las mesetas centrales, organizados en una sociedad secreta, la «Mau-Mau»{1}, un núcleo de fanáticos que, aferrándose a ritos ancestrales, selváticos, se habían conjurado para expulsar al europeo del suelo de Kenya, habían entrado en acción.

—¿No se está mejor aquí, Freddy? —preguntó Neida, así que salieron a la terraza y se acodaron sobre la balaustrada.

—Desde luego, si así le gusta más a usted —respondió Freddy.

La muchacha soltó una carcajada.

—¡Freddy! ¡Si no lo conociera diría…!

Los inquietos ojos del muchacho espigado quedaron por unos segundos fijos en los de ella. Enseguida los desvió, con la prontitud de quien retira una mano del fuego.

—Resulto un compañero aburrido, ¿verdad, Neida? Me doy cuenta de ello.

Súbitamente, el muchacho pareció revestirse de una nueva personalidad. Desapareció su apocamiento. Miró de nuevo a la muchacha, pero ahora como situado en un escalón más alto.

—Me explico que no quiera bailar conmigo. Y que ahí dentro haga *demasiado calor*… Aquí en la terraza se está mejor.

Enseguida, en tono significativo, dejando asomar un tonillo sarcástico, añadió:

—Desde la terraza quizá pueda seguir las payasadas de Jerry Lake.

Pareció dar en lo vivo:

—¡Freddy! ¿Qué significa esto?

La muchacha se había separado de la balaustrada y con la figura rígida, adelantando el hermoso busto, enormemente escotado, con voz algo trémula por la cólera, añadió:

—¿Sabe que además de tonto me parece usted…?

—¿Un estúpido? —terminó él—. Pero eso no impide que lo que yo he dicho sea verdad.

Salían de la sala las estridencias de un nuevo baile, de ritmo caótico. Por la ancha escalinata de mármol empezaron a subir parejas con paso apresurado y entre grandes risas. Eran muchos los que se disponían a tomar parte en aquel baile grotesco, con el que quedaba roto el aire solemne de la fiesta, un tanto aburrido.

Algo iba a replicar la muchacha, una frase desde luego, cargada de ira,

cuando sus labios quedaron entreabiertos e inmóviles. La seguridad de que ella parecía revestida desapareció. Volvió a acercarse a la balaustrada, poniéndose de lado a la escalinata, y se quedó mirando al jardín, como si de pronto allí hubiera surgido algo que despertara su interés.

—¿Verdad que ahora querría volver al salón? —preguntó Freddy.

La muchacha no respondió.

—Por mí no lo haga. Estoy dispuesto a hacer lo que usted me indique.

—Freddy, ¿tiene usted interés en que sigamos siendo amigos? —preguntó Neida, con voz grave.

—Usted sabe que sí —respondió él, evidentemente afectado—. Y quizá porque le concedo a esa amistad un extremado valor, resulto a veces inconveniente. Mi deber es advertirla que sus ojos se dirigen a mal sitio, Neida Fellini. Jerry Lake no es digno de su atención, y aún no me explico cómo ha sido admitido en esta fiesta.

A juzgar por las apariencias, lo que aquel joven terminaba de expresar no parecía inspirado por el despecho de un galanteador poco afortunado. Jerry Lake acababa de pasar junto a ellos. Llevaba cogida del brazo a una joven rubia, de llamativas formas y de atavío no menos perturbador. Los dos pasaron riendo a carcajadas, zigzagueando, sin esforzarse por disimular que la embriaguez se estaba apoderando de ellos. Muchos a su paso se apartaban, haciendo de la pareja comentarios nada favorables.

Jerry era un tipo esbelto, de recia contextura. Sus facciones correctas, de trazo enérgico, formaban en determinados momentos, quizá demasiado frecuentes, una expresión cínica. Era joven, no tanto como Freddy, pero tampoco viejo como anunciaban sus aladares blancos.

—¿Qué tienen ustedes contra él? —preguntó la muchacha, sin poderse contener—. Yo creía que Inglaterra sabía honrar a sus buenos soldados. Conocí al capitán Lake cuando el Imperio británico estaba poco menos que deshecho. Y ese hombre entró en Eritrea al frente de un grupo de soldados que, siguiendo el ejemplo del jefe, supieron vencer y dejar una estela de amigos.

Freddy la miraba sorprendido.

—¡Pero usted sería entonces muy niña!

—Lo suficiente mayor para darme cuenta dónde había un caballero y dónde una soldadesca, chillona y procaz…

Callaron los dos. Al mismo tiempo, ambos se volvieron de cara al salón. Les fue fácil distinguir a Jerry y a su descocada pareja. Casi estaban solos en medio de la sala. A pesar de que aquel baile invitaba a la revuelta, a las evoluciones cómicas, la presencia de Jerry y su acompañante había impuesto a la mayoría una seriedad que unos momentos antes estaban muy lejos de sentir.

Por instantes, Jerry y su pareja se lanzaban a un frenesí cada vez más desenfrenado. Parodiaban movimientos de «ballet». La rubia intentaba

andar apoyando solo la punta de los pies y al no conseguirlo, soltaba una carcajada, levantaba una pierna hasta casi tocarse con ella la frente y se arrojaba sobre Jerry. Este, con sus potentes brazos, teniendo agarrada de la cintura a la joven, la levantaba hasta colocársela sobre la cabeza. La rubia entonces lanzaba un chillido que se sobreponía al estruendo de la orquesta.

Hasta que de pronto vino lo que era de prever. Las violentas evoluciones acabaron de marear a la joven y cuando Jerry la soltó, cayó pesadamente sobre el pavimento. Allí permaneció unos instantes, inerte, casi desnuda a la vista de todos. El ancho círculo que los invitados les habían dejado, se hizo aún mayor. La esbelta figura de Jerry quedó unos momentos de pie, junto a aquel montón de seda y miembros desnudos. Fue ahora, al quedar quieto, cuando más se notó su embriaguez. Sus pies no se movían de sitio, pero el cuerpo se balanceaba, como si estuviera en un barco que bregara contra una mar movida o fuese un ciprés azotado por el viento.

La orquesta fue languideciendo, hasta que por fin quedó callada. Todas las parejas hacía unos instantes que se habían retirado. La mayor parte de los invitados se habían vuelto de espaldas. Por un lado de la sala se vio avanzar al dueño de la casa, a Namo Kenta, un africano inmensamente rico y culto. Y lo que en aquellos momentos era todavía más importante: gran amigo de Inglaterra. Entre otras empresas, tenía la financiación y dirección de un periódico para los africanos.

Namo Kenta avanzaba con paso lento y rostro atribulado. Miraba a Jerry casi con súplica, como queriendo hacerse perdonar por anticipado lo que le iba a decir.

Lake, a pesar de su estado de embriaguez, pareció advertir enseguida el apuro en que estaba metiendo al dueño de la casa. Iba a dar ocasión a que un negro lo echase de su casa y precisamente delante de lo más representativo de la colonia blanca.

Antes de que Namo Kenta llegara hasta donde estaban él y la muchacha inerte, Jerry soltó una alegre risa, se inclinó, y como si más que coger a un cuerpo humano levantara un almohadón de pluma, cruzó con su carga todo el salón y desapareció por una puerta. Lo hizo zigzagueando tan señaladamente que detrás de él quedó la huella de una deprimente, amarga bufonada.

Tras unos instantes de silencio e indecisión, la orquesta arrancó de nuevo, empezaron a surgir parejas y la normalidad pareció restablecida.

Freddy y Neida habían presenciado la escena, de espaldas a la balaustrada. Al desaparecer Jerry, el joven dijo:

—Ahí tiene a su capitán Lake… al «caballero»…

Neida le dirigió una penetrante mirada, pero no replicó. Todavía permanecieron unos instantes juntos. De pronto, la muchacha halló entre los invitados un pretexto para separarse de Freddy.

—Perdone. Ahí está mi padre que creo que me busca.

Se alejó antes de que el joven pudiera decir nada. Era verdad que Pietro Fellini buscaba a su hija.

—¡Pero, muchacha! ¿Qué te pasa que no te he visto bailar en toda la noche?

—¿De veras? —exclamó la joven, soltando una alegre risa—. Poco te habrás fijado. Estoy segura de que apenas te has apartado del «buffet». Se nota enseguida. ¡Vaya colores!

Se agarró, más bien se colgó de uno de los brazos de su padre.

—No abuses, «babbo». ¡Queridísimo mío!

Sí. Los ojos de Pietro Fellini relucían de manera significativa. La ternura con que miró a su hija obedecía en aquellos instantes a algo más que a su amor de padre. Pietro era un tipo de baja estatura, gordo, de cara ancha, de ojos grandes y vivos, los mismos ojos de Neida. Todo en él traslucía bondad, alegría...

Padre e hija se estaban alejando de la sala de baile, cuando de pronto Pietro se desprendió de la muchacha, se adelantó unos pasos y poniéndose en jarras fue mirando sucesivamente a su hija y a las parejas que bailaban.

—Desde luego... ¡eres la única! —exclamó, con vivo entusiasmo.

Neida sintió una oleada de sangre en su rostro.

—¡«Babbo»!

Intentó cogerle, pero él se lo impidió.

—¡Sí! La criatura más hermosa que se encuentra en esta casa.

—Conseguirás que me enfade.

Se expresaban en italiano, en voz lo suficiente alta para que a unos cuantos pasos pudieran oírles. Neida miró, ruborizada, a su alrededor. Al parecer, nadie les había entendido. Les miraban, desde luego. Padre e hija constituían una pareja demasiado meridional para no destacar en aquel conjunto anglosajón en su mayoría. Los ademanes vivos de los italianos, la despierta expresión de sus rostros, su manera de hablar, constituían un interesante punto de atracción.

Por otro lado, Pietro Fellini no se había excedido en el elogio a su hija. Era, sin duda, la muchacha más bonita de toda la reunión. Su fina silueta, levemente redondeada. Su ancho escote que le dejaba los delicados hombros desnudos. Su carne bronceada, su boca, de delgados labios, furiosamente rojos. El esplendor de sus ojos pardos...

Neida se dio cuenta de la atención que habían despertado y se sintió aún más cohibida. Se encontró con varias miradas de simpatía y de sincera admiración. Esto, lejos de tranquilizarla aun la ruborizó.

Casi se lanzó sobre su padre.

—¡Vámonos! ¡Estás pesadísimo!

Pietro soltó la carcajada.

—Pero ¿por qué? ¿He dicho alguna mentira? ¿Quieres que lo pregunte a estos señores? ¡He dicho y repito que eres la más hermosa! ¡Y basta!

¿Ocurre algo?

Dirigió en torno una mirada de cómico desafío. Neida consiguió al fin llevarse a su padre a la habitación inmediata, donde apenas había nadie.

Buscaron un rincón donde había varios sillones. En uno de ellos obligó a su padre a que se sentara. La muchacha quedó frente a él, de pie, con los brazos cruzados mirando a Pietro con aire de enfado.

—¡Esto es terrible, «babbo» ¡No volveré a separarme de ti en toda la noche.

—¡Encantado, hija mía! ¿Quién no me va a envidiar!

—En toda la noche volverás a beber. ¡Cada vez odio más la bebida!

—Pero si tú no bebes nunca, hija mía —replicó, riendo Pietro, repantigándose en ti sillón.

—Me basta con ver beber a los demás. ¡Es horrible ver cómo os convierte en grotescos muñecos! Tú mismo estás ya derivando a las mismas lamentables payasadas del capitán Lake.

Esta alusión afectó al italiano.

—¡Muchacha! Deja al capitán Lake. Ya tiene bastante con las críticas de sus compatriotas.

—Pero ¿tú has visto, «babbo»? ¿Es posible que este sea el mismo hombre?

Repentinamente, su voz se había vuelto ronca. Brillaban sus ojos a punto de llorar.

—En realidad —replicó él, tras un breve silencio—, esto no tiene importancia. El muchacho estaba un poco alegre.

—¿Sí? ¿Y lo que se cuenta de él?

De detrás de un sillón, surgió una voz nueva:

—¿Y no te parece eso divertido, pequeña? ¿Tener a la gente ocupándose de uno?

—¡Jerry! —fue la exclamación de Neida.

Enseguida, reaccionando:

—¡Capitán Lake! ¿Qué hace usted ahí?

Del sillón situado detrás del que ocupaba Pietro Fellini, asomó una cabeza.

—¡Caramba! Creo que está bien claro. Estoy jugando al «golf».

De nuevo la muchacha se sintió turbada, más todavía que cuando momentos antes fue objeto de atención en la sala. Jerry se levantó y con paso lento fue a situarse delante de los italianos.

—Buenas noches, señor Fellini —empezó a decir, en un italiano sordo y como si emplease vocablos sin desbastar—. Tenía noticia de su llegada a Nairobi. ¿Nos hemos saludado ya, señor Fellini?

—Ayer tarde, capitán Lake —respondió Pietro, echándose a reír.

—¿De veras?

Los ojos turbios de Jerry miraron vagamente al italiano. Se pasó una

mano por la frente.

—No recuerdo... Y es extraño, porque el encuentro con un hombre como usted... ¡Oh, señor Fellini! En estos últimos años me he acordado mucho de ustedes. Les he de hacer una visita, se lo aseguro.

—Lo ha prometido muchas veces, capitán —replicó el italiano.

—No me llame capitán. Ya no pertenezco al ejército. ¿De veras no lo sabía?

Soltó una estentórea carcajada y añadió:

—¡Me expulsaron!

Pietro le miró atribulado:

—¡No!

—¡Oh, sí, señor Fellini! El ejército es una entidad seca, sin sensiblerías. Por eso es grande. ¿Dejas de ser útil? ¡Fuera! Otros mejores están en puerta. ¡Eso es soberbio!

Parecía en verdad entusiasmado. Se produjo un silencio. Neida, apagadamente, había ido retirándose, hasta dejarse caer en un sillón situado aparte. Después del primer momento, ni una sola vez Jerry se había dirigido a ella, ni siquiera para mirarla distraído.

—¿Y a qué se dedica ahora... Lake? —preguntó Pietro.

—¡Soy granjero! ¡Oh, sí! ¡Una soberbia granja!

—Me gustaría verla, Lake.

—¡La verá, señor Fellini! ¿Mañana? ¿Le parece bien mañana? Lo anotaré.

Sacó un bloc y durante unos momentos estuvo tanteándose los bolsillos, en busca de algo con que escribir.

—No llevo pluma. Da lo mismo. Lo recordaré. Para mañana, visita del señor Fellini, el mejor colono de Eritrea. ¡Ya está! Ya no se me olvida.

Se dejó caer pesadamente en el sillón situado al lado de Pietro.

—Es una granja —prosiguió— adquirida con dinero prestado. Quizá todo se vaya por el aire.

Hizo con las manos signo de algo que estalla o se esfuma.

—Pero no importa. Mi acreedor es bueno. Es Namo Kenta, el dueño de esta casa. Le estoy muy agradecido.

—Se nota —intervino Neida, con rencorosa voz.

Jerry se volvió a mirarla.

—Pequeña, no pienso dirigirte la palabra en tanto no me pidas disculpas por lo que antes has dicho de mí. No me ha gustado nada que me tengas catalogado como un lamentable payaso.

—¡Y no es usted otra cosa! —repuso la muchacha, con destempladas maneras.

Se puso bruscamente de pie.

—¡«Babbo»! ¡Vámonos!

—¿Por qué tanta prisa? Ve tú al salón, hija mía. Aquí nos quedaremos

Lake y yo charlando.

—¡No me separaré de ti ni un momento! —gritó Neida—. Sé a dónde te dirigirías si te dejara con... este hombre.

—¿Al «buffet»? —terminó Jerry—. No lo creas... Tengo que participarte, pequeña, que odio la bebida. ¡Palabra!

Neida se limitó a dirigirle una mirada llena de lástima y desprecio. Por momentos se sentía más a disgusto en aquel sitio. Una honda pena, unas incontenibles ganas de llorar se le estaban apoderando. De repente, aquella casa, la ciudad, todo el país se le aparecía mustio, cargado de hastío. Aún no hacía cuarenta y ocho horas había entrado en Nairobi emocionada, con la devoción de que cada piedra que pisaba era un contacto que establecía con algo sagrado Y Nairobi, de pronto, aquella opulenta ciudad clavada como un anacronismo en la salvaje África central, se volcaba sobre ella, abrumándola con su vulgaridad amarga.

—Regresemos al hotel, «babbo». Me siento indispuesta.

Pietro Fellini se incorporó, como si la hubieran pinchado.

—¿Qué te ocurre, «bambina»?

Parecía muy alarmado. Jerry, sin embargo, no se movió de su sitio. Ni siquiera miró hacia donde estaba la muchacha.

Inopinadamente, su rostro bahía cambiado. Desapareció la burla, la expresión grotesca. Quedó como reconcentrado, escuchando una música que sonaba muy lejos.

—¡«Bambina»! —repitió.

Parecía que la voz le llegaba desde muy hondo. Levantó los ojos y se encontró con los de Neida, que le miraban tenaces.

—Es bonita esa palabra. Tengo la vaga sensación de que yo se la he dirigido a *alguien*... en algún tiempo.

Volvió a pasarse la mano por la frente. Su mirada quedó de nuevo concentrada en un punto indeterminado del suelo.

—No sé...

De los labios de la muchacha se escapó un sollozo.

—¡Pero, Neida! ¡Muchacha! ¿Qué te ocurre?

Pietro la acababa de rodear con sus brazos, atrayéndola contra su pecho. En el primer instante, la alarma no le dejó ver claro. Hondamente afectado, acariciaba la cabeza de su hija dirigiéndole frases entrecortadas. Luego, poco a poco fue tranquilizándose. Miró de soslayo a Jerry y soltó un leve gruñido.

—Vuélvanse al hotel, señor Fellini... Esta fiesta puede ya dar muy poco de sí. Los únicos que la animábamos hemos quedado averiados. Márchense. Mi compañera de baile está acostada y es seguro que hasta mañana no volverá a ponerse de pie...

Lo decía Jerry, con voz repentinamente sorda, como si acabase de despertar de un sueño tenido en medio de una corriente de aire.

—Sí, deben marcharse. Muchos lo están haciendo ya… Se aburren. Namo Kenta no dispone de parejas como la que formamos Lizabeth y yo… Es una lástima. Ya le he dicho que cuando prepare otra fiesta que me avise para asesorarle…

Pietro iba a soltar la risa, pero se contuvo. Se hallaba ya tranquilo en lo que le sucedía a su hija, pero quiso disimular.

—Siento mucho no poder acompañarle en su humor, Lake… Pero ya ve: mi pequeña no se siente bien.

—Pues nada, nada. A retirarse… Los pequeños deben acostarse pronto.

Hablaba imperturbable, sin apartar la mirada del suelo. Así no pudo advertir el cambio que se acababa de operar en Neida. Su congoja había derivado en un estado de ira. Los ojos ahora los tenía secos. Se desprendió de los brazos de su padre y avanzó unos pasos, hasta situarse delante de Jerry. Se disponía a decir algo enérgico cuando apareció Namo Kenta.

—¡Señor Fellini! —exclamó el opulento africano—. Ando toda la noche buscándole…

—¿Cómo es eso, señor Renta? —preguntó Pietro, en perfecto inglés—. Si hace un momento estábamos conversando…

—¿No quería usted conocer al señor Wrenn? Uno de nuestros mejores colonos…

—¡Desde luego! Sería para mí una satisfacción…

—Venga y le presentaré. Le he hablado de su deseo de visitar su granja. Accede con mucho gusto…

—¡No vale un comino! —rezongó Jerry desde su sillón—. En toda Kenya no hay más granja que la de Jerry Lake… Eso es lo único cierto.

Namo Kenta miró a Jerry y su cara adoptó enseguida una expresión apesadumbrada.

—Lake, me acaban de comunicar que esa muchacha se ha puesto peor… Ahora va un doctor a verla.

Jerry rompió a reír.

—¿Un doctor? ¿Para qué? ¡Déjenla dormir! Es lo único que necesita…

El negro quedó unos instantes pensativo. Miró a Pietro y a su hija. Quizá el hecho de que los dos únicos testigos pertenecían a una nacionalidad distinta a la de Jerry le dio ánimos para manifestar su disgusto.

—Lo de esta noche. Lake… ha sido muy desagradable… Creía que usted me apreciaba más…

—¿De veras le he molestado, Kenta? —inquirió Jerry, con un pesar demasiado exagerado para que fuera sincero—. Me ha decepcionado usted. Creía que tenía sentido del humor…

—No es por mí, Lake. Es por usted mismo. En estos tiempos he estado esforzándome para que sus compatriotas le tengan la consideración que usted merece…

—¡Al diablo mis compatriotas! ¡Ya se encargarán los kikuyus de dar

buena cuenta de ellos!

Diríase que Jerry acababa de destapar una caja llena de horripilantes bichos. Namo Kenta se estremeció.

—¡Cállese, Lake! ¡Eso no debe usted decirlo!

—¿No? —inquirió Jerry, haciendo ademán de levantarse—. ¿Apostamos algo a que salgo a la sala, y les hecho a la cara a todos mis «compatriotas» lo que son en realidad?... ¡Señor Fellini! ¿No ha venido usted a estudiar nuestro sistema de colonización? ¡Yo sé lo diré! ¡Hemos expulsado a los nativos de las mesetas altas, las de las tierras frescas y fértiles, y nos hemos asentado nosotros! ¡Ese es nuestro sistema! ¿Se diferencia mucho del que ustedes emplearon en Eritrea? ¿Y del de Abisinia? En cierta ocasión las armas británicas descuartizaron el imperio italiano. Abisinia volvió a su Emperador... Todas las colonias italianas adquirieron su «independencia». ¿Y las nuestras?... ¿Cuándo el colono inglés ha reconocido que está cabalgando con todo descaro un caballo que no le corresponde?... ¡Bah...!

Hizo ademán de escupir en el aire. Namo Kenta miraba atemorizado hacia la puerta.

—¡Por favor, Lake!

—No se preocupe —replicó Jerry—. ¡Me callo!

Siguió un silencio. Pietro lo aprovechó para dar una salida a aquella situación embarazosa.

—¿Vamos a hablar con el señor Wrenn? Mi hija se quedará aquí con Lake... Se conocen de tiempo...

Desde hacía unos momentos Fellini había adivinado que su hija estaba deseando quedarse a solas con Jerry. Quedó confirmado al ver que la muchacha no oponía ningún reparo a su proposición.

Apenas Namo Kenta y el italiano iniciaban la salida, Jerry se quedó mirando a la joven.

—Y bien, *bambina;* ¿no habíamos quedado en que te marchabas?

La muchacha, por toda respuesta, fue a sentarse en un sillón situado frente al de Lake. Su grácil cuerpo, en plena formación, quedó revelado bajo la fina tela. Unos pies pequeños, unas piernas finas, de trazo perfecto, quedaron cruzadas en graciosa actitud. Con los codos apoyados en los brazos del sillón, la barbilla apoyada en el dorso de las manos enlazadas, se quedó mirando a Jerry. Mantenía los ojos entornados y así las largas pestañas subrayaban con trazo fuerte el intenso brillo de los ojos pardos.

—Me he quedado, capitán Lake, para ver si consigo averiguar qué es lo que usted esconde tras esa burda máscara...

Aquello cogió a Jerry desprevenido. Se hallaba contemplando a la muchacha, como si fuese aquel el primer momento en que ella hubiera aparecido ante sus ojos.

La salida de Neida pareció en realidad un golpe bien asestado que le arrancara una máscara grotesca. Durante unos instantes pareció indefenso,

mostrando un gesto preocupado, de hondo pesar.

Se rehízo enseguida. De nuevo apareció la expresión irónica, más bien cínica. Con ojos brillantes empezó a mirar a la muchacha, desde la punta de los pies hasta la cabeza. Una mirada lenta, como si con los ojos fuera desnudándola, recreándose en el descubrimiento de un maravilloso tesoro.

—¡*Bambina!* ¿Sabes que tu padre tenía razón?… ¡Eres lo único en la fiesta! ¿Te atreves a bailar conmigo?

Por unos momentos la muchacha se había removido en su asiento, desasosegada, como si la procaz mirada de Jerry consiguiese en realidad dejarla desnuda.

Se sintió deprimida. La esperanza de que la inconveniente actitud de Jerry no fuese más que un disfraz, se derrumbó.

—¿De veras no queda nada en usted… del «capitán Lake»? ¿Qué ha podido sucederle, Jerry?

En la mirada y en la voz había sincera pena. Durante unos segundos pareció que Lake iba a quedar otra vez desarmado. Lo disimuló con una risotada.

—¿Qué te sucede, *bambina?*

—¡No me llame así! —replicó la muchacha, con inopinada aspereza—. ¡No pisotee lo único hermoso que queda!

Pareció que iba a romper a llorar. Pero el brillo propenso a las lágrimas derivó en una lumbre de ira, de hostilidad a cuanto la rodeaba.

—Lo veo ya tan lejos, Jerry, que no temo confesarle cuánto he sentido y he soñado en estos últimos años. Quiero que lo oiga usted, para que mi derrota sea aún más amarga y quede sin raíces, sin peligro a un nuevo brote… Hasta ahora se han conservado en mi alma, como una quemadura, las balbucientes palabras de un soldado gravemente herido, que en momentos de angustia, cuando todo se derrumbaba, clavó los ojos en los de una niña que no tuvo el valor de sentirse su enemiga: «¡La guerra es cosa horrible, *bambina!* Te lo dice un oficial que se siente próximo a la locura…».

Hizo una breve pausa. Recuerdos muy amargos se reflejaron en su frente, trazando profundas arrugas.

—Ocurría en horas difíciles. En Eritrea y en Abisinia, los indígenas se habían levantado, alentados por la intervención británica. Muchos de mis compatriotas eran pasados a cuchillo… En aquellos momentos un capitán inglés puso en riesgo su vida por librarnos de la turba. Aquella niña no podía olvidarlo…

Con los codos apoyados en los brazos del sillón, la punta de los dedos presionando en las sienes, permaneció unos momentos mirando al suelo.

—Un día, el capitán inglés fue evacuado de nuestra casa. La niña y el soldado herido estuvieron unos momentos solos. La niña lo decía todo con sus ojos. El capitán supo ver. «¡*Bambina*! Tu mirada la conservo como una

reliquia... Me ha hecho mucho bien. Es la esperanza de que después de esta hecatombe no quede solo una polvareda de odio... Eres muy pequeña todavía, y además los acontecimientos nos separan... Pero un día todo esto terminará. Prométeme que *me esperarás...»*.

Neida rompió a reír. Levantó su mirada, de un brillo intenso, hiriente.

—¡Lake! ¿Por qué no me acompaña en la burla? ¿Sabe usted por qué he venido a Nairobi?

Tras una breve pausa agregó:

—En todo este tiempo usted ha estado alentándonos con una próxima visita. ¿Por qué hacía eso, Jerry, si no pensaba venir?... «Babbo» y yo le hemos creído... Y he sido yo quien ha inducido a «babbo» a realizar este viaje... Él aparenta venir a estudiar el sistema de colonización británico, pero en el fondo mantiene la creencia de que ese no ha sido el principal motivo. Sabe que durante años una muchacha ha crecido con la obsesión de despertar unos tizones que desde el primer momento estaban apagados. Esa ridícula muchacha he sido yo. Cuando ayer tarde nos saludamos, debí soltar la carcajada. La indiferencia con que usted nos recibió debió bastarme. Ello, al menos, me hubiera evitado el deprimente espectáculo de esta noche...

Se calló. Del salón, en ningún momento había dejado de llegar el estruendo de la orquesta y el rumor de las conversaciones. Durante el tiempo que Neida había estado hablando, Jerry, recostado contra el sillón, permaneció con la vista fija en el óvalo de bronce de aquella preciosa criatura. Seguía atentamente todos los cambios que se efectuaban en su rostro. La expresión sarcástica era la que en los últimos instantes se mantenía más.

En el silencio en que ambos habían quedado, Neida permanecía mirando al suelo, como si allí, en el espacio que mediaba entre ella y Jerry, hubiese quedado tirado, convertido en harapos, un delicado traje hecho pacientemente y que solo en el último instante hubiese manifestado su inutilidad y ridiculez.

De pronto, la muchacha se puso en pie. Su semblante aparecía tranquilo. Miró a Jerry fríamente, casi con indiferencia.

—Ya no lamento haber venido —dijo con reposada voz—. Desde este momento presiento que mi vida va a ser muy distinta para mí...

Miró a su alrededor, como si con la mirada respirara; como si de repente aquellas paredes hubiesen retrocedido, dejando un espacio inmenso...

—¿Es que vas a dejarme, *bambina?* —preguntó Jerry, esforzándose por parecer despreocupado, pero sin lograrlo.

—Déjese de tonterías. Siempre que se dirija a mí llámeme Neida. Aunque creo que van a ser pocas las ocasiones en que usted y yo volveremos a dirigirlos la palabra.

—¿Por qué? —exclamó Lake, incorporándose—. No veo motivo para

que nuestra amistad…

—Escuche, Jerry: Acabo de exponer ante usted algo que hasta ahora yo había mantenido en lo más hondo de mi alma. Eso por lo menos creía yo. Pero ahora me doy cuenta de que llevaba «mi secreto» en las manos. Hasta un muchacho tan aturdido como es Freddy Scovell se había dado cuenta. ¿Y usted, Jerry?

Con tal valentía se le planteaba la cuestión, que Lake intentó ganar tiempo.

—¿De qué tenía que darme cuenta… Neida?

Rehuyó el vocablo italiano. No se atrevió a llamarla «bambina». También esa palabra había perdido su inocente brillo. Se sentía contagiado del cansancio de la muchacha, de su depresión.

—De que yo había hecho de usted un ídolo.

Jerry rio, confuso:

—¡Vamos, pequeña! ¿Es eso cierto?

Pero la frialdad con que ella le miraba le hizo enmudecer.

—Soy muy orgullosa, Jerry… Y con la confesión que acabo de hacerle no he pretendido más que abrir un abismo infranqueable entre usted y yo. Siempre que recuerde este embarazoso momento, si es que algo de usted queda en mi recuerdo, quedará borrado… De aquí a mañana espero convencer a «babbo» para salir de Kenya enseguida. Mañana mejor que al otro. Ahora, buenas noches, Lake… Cuando me vea salir de esta habitación suelte la carcajada. Es lo único que merezco…

Inició unos pasos hacia la puerta de salida. Lo hizo indecisa. Tal vez, sin ella misma tener idea de lo que quería, esperaba que Jerry la detuviera como si fuese capaz de realizar el milagro de encender un sueño muerto.

Pero Jerry Lake permaneció inmóvil, mudo, como si en realidad aquello se estuviera resolviendo como él deseaba…

Neida salió. Durante unos momentos, Jerry dirigió una mirada extraviada en torno suyo. Parecía que poco a poco iba adquiriendo consciencia de la situación. En aquel departamento se encontraba solo. De afuera seguía llegando el ruido de la orquesta, pero ya el rumor de los invitados se oía muy debilitado. Todo daba a entender que el personal estaba efectuando la retirada. Por el ventanal que daba al jardín llegaba constantemente el ruido de coches al ponerse en marcha y alejarse.

Jerry miró hacia la puerta por dónde había desaparecido Neida. Nada pudo ver de la otra estancia. Las cortinas estaban echadas.

Se dirigió con paso rápido a un ángulo de la habitación, donde se veía una pequeña puerta. Al llegar allí se volvió de nuevo a mirar hacia las cortinas. Luego abrió la pequeña puerta y desapareció tras ella.

Anduvo por un estrecho corredor hasta que llegó a otra puerta. Cogió el pomo, obligándole a girar, pero la puerta no se abrió. Entonces arrimó un hombro y empujó con fuerza. La madera gimió.

Al otro lado de la puerta se oyó una exclamación. El ruido de una silla al ser arrastrada por alguien que se levanta precipitadamente.

—¿Quién es? —preguntó alguien desde dentro.

—¡Abra, Disenghor! —contestó Jerry.

Se oyó el pestillo descorrerse. Abrióse la puerta, y un negro joven, tan alto como Lake, de mirar miope, quedó centrado en el marco.

—¡Señor Lake!

—¡Buenas noches, Louis! ¿Lo he estorbado?

—Estaba ultimando un trabajo… ¿Deseaba algo?

—Sencillamente, pasar por aquí. Quiero marcharme sin que me vean.

En aquella habitación estaba la biblioteca. Sobre una de las largas mesas había una lámpara con pantalla que volcaba su luz sobre un montón de cuartillas.

—Mientras ahí fuera unos bostezan y otros chillan, usted se encierra aquí para darle a la pluma.

—Estoy dando los últimos toques a un manifiesto que se ha de publicar mañana.

—¿Un manifiesto? ¿Contra los kikuyus?

—Contra los actos de terror —corrigió Louis Disenghor, el redactor jefe del periódico de Namo Kenta.

—¡Qué ganas tienen de jugar con fuego! Procuren no meterse con la «Mau-Mau» —repuso jocosamente Jerry.

Disenghor cogió los lentes que tenía cerca de las cuartillas y se los puso. Se quedó mirando a Jerry. Le encontró un gesto ambiguo que le desconcertó No sabía si hablaba en serio.

—Bien está que los blancos despotriquemos contra los kikuyus —prosiguió el inglés—. Pero no ustedes. Es de mal gusto hablar en contra de los propios hermanos.

Louis Disenghor se afirmó los lentes sobre la nariz y miró de nuevo al británico. Y lo mismo que antes, quedó en la duda de que hablaba en serio.

—Le dejo, Disenghor —dijo Jerry, echando a andar hacia el otro extremo de la oscura biblioteca—. Continúe su trabajo…

—Buenas noches, señor Lake —respondió el negro.

Ya había desaparecido el británico tras la puerta que había en el fondo, y el periodista aún seguía en pie, sin decidirse a sentarse para reanudar su trabajo. Diríase que las observaciones de Jerry hechas en un tono demasiado ambiguo, le habían afectado mucho más que si se las hubieran hecho en actitud concretamente grave.

Al cabo de unos instantes se dirigió a la puerta por donde había desaparecido el británico. Allí, con un oído pegado a la madera, estuvo escuchando.

Después, con mucha precaución, abrió la puerta lo suficiente para poder asomar la cabeza al exterior. Tras observar unos momentos volvió a cerrar,

pasando el pestillo. Luego se dirigió a la puerta por donde entró Jerry y también la aseguró por dentro.

Volvió al sitio en que estaban las cuartillas. Se sentó en la silla, cogió la pluma, pero en vez de escribir con ella, la tapó y la volvió a dejar sobre la mesa.

Cruzó las manos manteniéndolas apoyadas sobre la cuartilla que había medio escrita. Se quedó mirando enfrente, al borde de la mesa.

—Podéis salir —murmuró.

Se percibió un leve bullir bajo la mesa. Una mano de dedos achatados y piel oscura se agarró al borde del tablero. Un poco más allá asomó una cabeza.

—¡Daos prisa! —apremió Louis Disenghor—. Apenas nos queda tiempo…

Tres negros, además del periodista, aparecieron junto a la mesa. Todos llevaban indumentaria occidental. Los tres eran jóvenes…

Así que se hubieron sentado, Louis Disenghor rompió a hablar. Era un extraño rezo, un dialecto que traía rumor y misterio de selva.

Los tres escuchaban en sorprendente éxtasis…

CAPÍTULO II

Solamente la doncella negra le había visto entrar en aquella habitación.

—¿Qué busca, señor Lake?

—A la señorita Lizabeth. Quería verla antes de marcharme.

—¡Pero no está en esta habitación, señor!

—Ya me he dado cuenta, Errima.

Jerry sabía que se había metido en la alcoba de Namo Kenta. Pero se hizo el sorprendido cuando la doncella le dijo:

—Esta habitación es la del señor…

—¿De veras? ¡Vaya plancha! No le digas nada a tu amo… Esta noche no doy pie con bola. ¿Puedo ver a Lizabeth?

—Está en las habitaciones de arriba. El doctor acaba de verla.

—¿Qué ha dicho?

La doncella balbució algo ininteligible. Jerry soltó la carcajada:

—No te esfuerces por decírmelo, Errima. Sé lo que le ocurre a la señorita Lizabeth. La alegría se le ha indigestado… Creo que lo mejor es que me marche. Saldré por la puerta de servicio. Dile a tu amo que mañana vendré por Lizabeth… O mejor, no le digas nada. Nada que le recuerde mi existencia le va a hacer gracia. ¡Buenas noches, Errima!

—¡Buenas noches, señor Lake!

Ella misma le abrió la puerta que conducía a los departamentos del servicio. Jerry hizo como que seguía el corredor que conducía a la cocina. Pero tan pronto Errima cerró la puerta, Jerry retrocedió.

Esperó unos momentos, escuchando los pasos de la doncella cómo se alejaban. Con sumo cuidado la abrió, el espacio suficiente para poder mirar.

No vio a nadie ni nada se oía. Lake pensó que quizá los únicos invitados que quedaban en la casa eran él y Lizabeth.

Se decidió a salir. Si se encontraba de nuevo con la doncella alegaría que había cambiado de idea. Que quería salir por la puerta principal. Tal como se había comportado aquella noche, todas las extravagancias eran admisibles.

Llegó a la habitación de Namo Kenta sin dificultad. En el momento en que empujaba la puerta pensó en que si la doncella se hallase dentro, la justificación de aquella insistencia ya sería más difícil.

¡Bah! Pero ¿no estaba «embriagado»? Haría una última payasada. Manifestaría su pretensión de acostarse en el propio lecho de Namo Kenta.

No había nadie. Cerró la puerta con mucho sigilo y avanzó al centro de

la habitación, donde había una mesita sobre la que se hallaba una caja conteniendo cigarrillos y un cenicero. A un lado de la estancia estaba el lecho.

Jerry fue recorriendo con la mirada cuantos objetos había en la habitación. Empezó a actuar abriendo la caja de tabaco. Lo hizo con verdadero cuidado, como si dentro de la caja hubiese un explosivo cuyo fulminante actuase al movimiento de la tapadera.

Ya abierta, revolvió los cigarrillos. Nada encontró que llamase su atención. Miró hacia el lecho; sobre el respaldo de un sillón se hallaba un batín de seda y un pijama.

Iba a dirigirse allí citando reparó en el armario ropero que había en el lado opuesto de la estancia. Abrió las puertas y empezó a revolver…

—¿Qué hace usted? ¿No tiene bastante todavía?

Era Namo Kenta. Allí estaba, junto a la puerta entreabierta, mirándole indignado y al mismo tiempo conmiserativo.

—¡Hola, Kenta! —exclamó Jerry—. Buscaba uno de sus pijamas a mi gusto… Pienso pasar la noche aquí. ¿Me lo permite?

El negro no contestó. Cerró la puerta y con gesto grave avanzó hasta situarse junto a la mesita. Maquinalmente abrió la caja de tabaco, cogió un cigarrillo y se lo puso en la boca. Luego quedó inmóvil, con mirada extraviada.

—¿Qué le ocurre, Kenta? Esta noche le ha dado a usted por defraudarme…

Jerry dio unos pasos, con aire alegre, hacia el africano.

—Usted se ha dejado influir por los demás… Usted suele ser más comprensivo…

El negro volvió lentamente la cabeza y le dirigió una penetrante mirada.

—Me resisto a creer que sus compatriotas tengan razón, Lake…

—¿En qué?

—Hace unos días le echaron del «Colonial Club» por escándalo.

Jerry soltó la carcajada.

—¿Escándalo? Nada de eso, amigo Kenta. Solo que le eché la verdad a la cara a un individuo, se la dije a media voz. Pero los delicados oídos de mis compatriotas…

—Déjese ya de bromas. Su afición a desconcertar le está llevando a un terreno demasiado peligroso. Estamos viviendo unos momentos críticos. Los actos de terror están a la orden del día. Todos nos aprestamos a la defensa, mientras usted…

—Yo me pongo del lado de la «Mau-Mau» —terminó jocosamente Jerry.

—No digo tanto. Eso es un absurdo.

—Pero no evita que mis compatriotas lo crean.

—Tiene usted la culpa. Hace manifestaciones insólitas.

Lake pareció dispuesto a replicar con razones de suma importancia, pero

enseguida, adoptando un aire indiferente preguntó:

—¿Me autoriza para que siga buscando el pijama?

Kenta hizo un gesto de cansancio:

—Haga usted lo que quiera, Lake.

Jerry se volvió al armario y tras permanecer allí unos momentos revolviendo la ropa, regresó a donde estaba el africano. Este acababa de dejarse caer en un sillón y permanecía pensativo.

Jerry reparó en que todavía mantenía el cigarrillo sin encender. Se apresuró, solícito, a aplicar la llama de su encendedor al cigarrillo de Kenta. Este aceptó en silencio, sin darse cuenta en realidad de lo que hacía.

—¿Ha hablado ya con Disenghor? —preguntó Lake.

El africano se incorporó, como si despertara bruscamente:

—¡Sus tonterías me están haciendo olvidar graves deberes!… En resumidas cuentas: ¿qué pretende usted, Lake? ¿Dormir en esta habitación? No discutamos más. ¡Hágalo…!

—¿Se marcha usted?

—Tengo algo que hacer —respondió secamente el negro.

—¡Oh! Trabajar después del ajetreo de esta noche… Y serán asuntos graves, seguramente. ¿Por qué no lo deja para otra ocasión?… Pero ahora que recuerdo: Disenghor me habló de un manifiesto que tenía usted que autorizar antes de darlo al periódico.

—No solo yo. Importantes personalidades están aguardándome en mi despacho… ¡Y estoy perdiendo el tiempo con usted!

—Perdóneme, Kenta. Creía que usted se retiraba a descansar… ¿Cómo, si no era así, ha aparecido usted en esta habitación? ¿Es que le han avisado de que yo estaba aquí?

—Todos sus movimientos han sido observados… Y no sé qué pensar de usted, Lake.

—¡Ah! Llegue a la conclusión que mejor le acomode. Diga, como mis compatriotas, que soy una cosa perdida; que la locura se ha apoderado de mí… Pero, si me permite una sugerencia… ¿No sería usted capaz de admitir que yo he querido poner a prueba su servicio de vigilancia?

Súbitamente Jerry perdió su expresión risueña… Puso solemnemente una mano sobre el hombro del africano.

—En ningún momento debe dudar de que es usted uno de los hombres que más aprecio…

—A veces parece todo lo contrario —repuso el negro con amargura.

—No se fíe de las apariencias…

Jerry parecía dispuesto a manifestar algo de mucha gravedad. Pero en vez de hablar se limitó a mirar en torno, como queriendo poner de relieve que el sitio no era a propósito para confidencias.

—Namo Kenta: usted es demasiado bueno para los difíciles momentos que estamos viviendo… Y creo mi deber advertirle que muchos de los que

usted acoge en su casa como amigos incondicionales no dudarán en apuñalarle por la espalda, si la ocasión se presenta.

El africano hizo ademán de protestar, pero Jerry no le dio tiempo:

—Debe empezar por desconfiar de sus mismos hermanos de raza. Encabeza usted un movimiento proeuropeo y anatemiza los actos de terrorismo. Muchos de los suyos dicen seguirle. Pero tenga cuidado, Kenta. Creo que vive usted demasiado confiado...

Más que lo que decía Jerry, lo que afectaba al africano era la transición que el inglés había hecho. Encontrábase al fin ante el grave, razonador Jerry Lake de los primeros tiempos. Y este descubrimiento pareció deslumbrarle.

—¡Lake! ¡Hablemos claro! ¿Qué es lo que usted se propone?

El británico sonrió:

—Nada. Sencillamente inquietarle un poco...

Afuera sonaban pasos precipitados. Se detuvieron ante la puerta. En la madera sonaron unos golpes.

—¡Señor!

Kenta reconoció la voz de uno de sus criados.

—¡Pasa!

La puerta se abrió de golpe. Apareció un hombre de color, con los ojos desorbitados.

—¡Señor...!

—¿Qué quieres?

Pero el criado parecía presa de una terrible angustia que no le dejaba hablar. Todo él temblaba. Con frases entrecortadas, repitiendo algunos conceptos varias veces, dio a entender que los señores reunidos en el despacho, impacientes, le habían llamado para que fuera a avisar a su amo...

—Diles que voy enseguida —respondió Kenta.

El criado hizo varios signos afirmativos con la cabeza, como si ello le ayudara a deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Es que... creyendo que el señor se encontraba en la biblioteca... he ido allí...

Jerry dio un salto:

—El señor Disenghor...

Lake echó a correr, sin esperar que el criado terminara la frase. Namo Kenta salió detrás.

La biblioteca se hallaba en el lado opuesto del edificio. Jerry empezó a cruzar habitaciones, dejándose orientar por el instinto. Oyó a Kenta que le advertía:

—¡Por aquí, Lake!

Por donde iba Jerry también hubiera llegado, pero tardando más. Namo acababa de abrir la puerta de un pequeño gabinete por el que salieron a

una ancha galería: luego empujaron una puerta, atravesaron una habitación llena de muebles de mimbre y fueron, al fin, a pasar al sitio por donde antes pasó Jerry al salir de la biblioteca.

—¡Demasiados caminos tiene esta casa para ir a un mismo punto! —exclamó el británico, verdaderamente preocupado.

Encontraron la puerta de la biblioteca abierta. La única luz, una lámpara con pantalla en forma de cesto invertido, la que antes vio Jerry encendida, continuaba volcando sobre el oscuro tablero su mancha dorada.

Sobre la mesa veíanse esparcidas varias cuartillas. Y el tronco de un hombre doblado sobre el tablero. Tenía el brazo izquierdo completamente estirado, como si con aquella mano quisiera alcanzar el borde contrario de la mesa El brazo derecho permanecía encogido, y la mano, crispada, se aferraba a unos lentes rotos.

—¡Disenghor! —exclamó el africano, casi sin voz.

Jerry cogió de los hombros al periodista y lo levantó de la mesa. El cuerpo no ofreció la menor resistencia. Al quedar recostado contra el sillón, la luz le alcanzó de lleno al rostro.

Tanto el africano como Lake soltaron una exclamación de horror. El rostro de Louis Disenghor, y el pecho, mostraban unos profundos cortes por los que se veían los huesos.

La emoción del momento no impidió que Jerry advirtiera enseguida el número de las heridas. Eran siete. El número sagrado que los negros empleaban en los actos de conjura.

Namo Kenta, instintivamente, se había colocado al lado del británico.

—¡Pobre Louis…!

Su voz, ronca, pareció pronta a romperse en sollozos.

—¡Mi fiel Disenghor…!

—*Fiel*… Tal vez esté usted en lo cierto —murmuró Jerry—. Aunque la policía no creía lo mismo…

El africano pareció sufrir una descarga eléctrica:

—¿Qué quiere usted decir?

Jerry miró hacia la puerta abierta.

—Nada —respondió—. Olvide lo que he dicho.

—¡Lake! ¡Es necesario que usted me aclare esto! ¿Cómo sabe usted que la policía sospechaba de él?

Pero se interrumpió, por algo todavía más importante que acudió a su mente:

—¡Usted trabaja con la policía, Lake! ¡Eso está claro!

Jerry permaneció impasible.

—Creo que demasiado claro… para los que yo no quisiera que lo estuviera —replicó el británico, con aspecto preocupado—. Me parece que solo mis «sagaces» compatriotas han caído en el engaño… ¡Cierre aquella puerta y encienda las luces!

Kenta, cada vez más confuso, hizo lo que su amigo le mandaba. Jerry, en tanto, se dedicaba a recoger las cuartillas esparcidas. Estaban escritas en inglés. Era un llamamiento a los africanos, condenando los actos de violencia, incitando a que cada cual pusiera de su parte cuanto pudiera para que las cosas volvieran a su curso legal. No se condenaba el espíritu nacionalista que parecía inspirar la revuelta. Todo lo contrario. Se le alentaba, pero empujándole por cauces más razonados. El africano pedía mayor participación en los cargos que regían el país. Esa era la clave del problema. Y el manifiesto no cercenaba estas aspiraciones. Pero aconsejaba otros procedimientos.

Abiertamente condenaba al «Mau-Mau». Acusaba a la sociedad secreta de aprovechar para turbios propósitos la buena fe y la ignorancia del pueblo, aherrojándole con atavismos y hechicerías de todo punto inadmisibles en los presentes tiempos. ¿Cómo iban a convencer a Occidente de que ya se hallaban lo suficientemente capacitados para regirse por sí mismos e ingresar en el concierto internacional, cuando el principal argumento que empleaban era la vuelta al pasado, la salvaje ceremonia en la selva, un volver la espalda al ritmo presente: a la época del avión supersónico y de la desintegración atómica?

—¿Lo iban a publicar mañana? —preguntó Jerry.

—En inglés, sí. En días sucesivos lo hubiéramos traducido a distintos dialectos... ¿Por qué lo dice? —inquirió Kenta.

—Porque considero un acierto la ecuanimidad de este escrito. ¿Fue usted quien lo inspiró?

—Disenghor interpretaba maravillosamente mis deseos —respondió Namo, dirigiendo una desconsolada mirada hacia el muerto.

La biblioteca se hallaba fuertemente iluminada y la puerta cerrada. Jerry, así que hubo leído las cuartillas, se las ofreció a Kenta.

—Creo que esto debe seguir su curso. ¿No hay en su despacho ciertos señores aguardando este manifiesto?

—Sí. No se puede publicar en tanto ellos no lo discutan y den su conformidad. Publicarlo con mi único apoyo no representaría nada.

—Perfectamente. Vaya a reunirse con ellos. Si los criados no se han adelantado, no tiene por qué mencionar lo ocurrido a Disenghor. Eso haría desviar la atención de todos... Vaya usted, Kenta. Yo me quedo aquí. ¿El teléfono?...

—En la biblioteca mismo lo tiene. ¿Le importa mucho que tenga derivación?

—En absoluto. Si en la casa existe algún enemigo, seguro que sabe mucho más de lo que ahora va a poder oír. En esta ocasión creo que solo los blancos son los «despistados».

Momentos después, ya solo en la biblioteca, Jerry marcaba un número en el teléfono. Y cuando habló, solo dijo:

—Llama «R-4». Urgente.

Dejó el auricular. Volvió al centro de la biblioteca y se situó enfrente del muerto.

—Si la policía y yo estábamos equivocados, te pido humildemente perdón —dijo a media voz Jerry—. De ese error, solo yo sería responsable, puesto que yo les imbuí la sospecha…

* * *

Cuando se abrió la puerta del despacho, Jerry y el inspector Barker se hicieron a un lado, buscando el amplio de una columna. Desde allí pudieron observar con toda impunidad el desfile de los personajes africanos. Había entre ellos dos jefes de tribu. Uno era kikuyu. Otro massai, de las tribus de pastores nómadas mestizos de camita.

Negros kavirondo y wakamba. Árabes. Algún indio… Una representación racial de lo que constituía la población indígena en el territorio de Kenya.

El último en salir, fue Namo Kenta. Apareció con expresión grave. Jerry presintió en seguida que la conferencia no había tenido resultados satisfactorios.

Kenta acompañó a los personajes hasta la escalera, al pie de la cual un coche tras otro se detenía, recogía a uno o varios individuos, y se alejaba por la avenida que atravesaba el jardín.

Empezaba a clarear. Cuando ya el último personaje hubo partido, Namo Kenta permaneció unos instantes contemplando la arboleda que empezaba a perfilarse a la luz del nuevo día, y con gesto de gran preocupación se volvió al interior de la casa.

Cruzó el ancho salón donde horas antes se efectuó el baile. Todo aquello le dio sensación de ruinas.

Súbitamente, Jerry y el inspector Barker aparecieron ante él. El africano les miró extrañado, como si la presencia de aquellos dos blancos resultase insólita en su casa.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó Lake.

Kenta hizo con la cabeza movimientos negativos.

—¿No han firmado? —inquirió el inspector.

—Lo han dejado para más adelante. Quieren un plazo para meditar…

—Tienen miedo —manifestó Jerry—. Muchos de ellos tienen el convencimiento de que firmar ese manifiesto es firmar su propia sentencia de muerte. ¿Se ha hablado de lo ocurrido a Disenghor?

—No… Pero han visto muchas cuartillas manchadas de sangre. Creo que ha sido un error efectuar la reunión después de lo ocurrido. Yo mismo no me he comportado con la presencia de ánimo que el asunto requería…

—De todos modos esa reunión hubiera fracasado, Kenta —replicó Jerry —. Esos hombres entraron en su casa teniendo ya el propósito de no

firmar.

Pasaron a la habitación donde horas antes Jerry estuvo con Pietro Fellini y su hija. Al entrar ellos, el agente que había en la habitación se marchó.

—¡Señor Kenta —dijo el inspector Barker—. Tengo a varios agentes rodeando la casa y vamos a proceder a las interrogaciones. Quisiera que usted estuviera presente…

—¿Es que sospechan del personal a mi servicio?

—Las huellas de los presuntos agresores llegan a departamentos demasiado reservados para que ninguno de sus servidores no tenga nada que decirnos.

—No olvide, inspector, que esta noche ha habido fiesta en mi casa; que muchos invitados han estado yendo a la deriva…

—Yo uno de ellos —manifestó Jerry, en tono humorístico—. Pero hágame caso, Kenta: no ponga objeciones a lo que le pide el inspector Barker… Sus criados han podido estar al tanto de todas las entradas y salidas.

Y en burla a sí mismo, añadió:

—¡Yo, que puse todos los medios por pasar desapercibido, no lo conseguí, según usted mismo me manifestó…!

—Nada tiene de particular, Lake —replicó el africano—. Su conducta durante la fiesta no parecía perseguir otro propósito que acaparar la atención de todos. A mí, particularmente, me tuvo muy preocupado y di orden a los criados de que en ningún momento le perdieran de vista.

—Tanto mejor. El personal supo cumplir sus órdenes. Esto nos lleva a suponer que, a poco que se hayan esforzado, han podido percibir cualquier movimiento extraño que se haya producido en la casa. Porque…

Jerry consultó con la mirada al inspector. Este asintió.

—¿Quiere acompañarnos, Kenta? —preguntó Lake.

—¿A dónde?

—A su alcoba. He encontrado el pijama a mi gusto…

En silencio cruzaron varias habitaciones. En algunas de ellas encontraban a algún agente paseándose, dirigiendo de vez en cuando miradas recelosas a las puertas que se mantenían cerradas.

No se cruzaron con ningún criado. Diríase que todo el personal de servicio, agotado por la fiesta, se había retirado a descansar o había abandonado la casa. En realidad, obedeciendo órdenes de la policía, se hallaba concentrado en una de las salas.

Llegaron al dormitorio de Kenta. Apenas abrir, Jerry fue directo a dónde estaba el lecho.

—¿Quiere acercarse, Kenta?

Lo preguntó en tanto dirigía miradas recelosas a su alrededor. Era lo mismo que hacía el inspector Barker.

—Fíjese dónde pisa —advirtió Jerry.

El africano avanzó, demostrando con el gesto una gran confusión.

—Pero ¿de qué se trata, Lake?

—Va a verlo enseguida. Destape usted mismo el lecho...

Jerry había levantado la cobertura de la almohada, pero sin tirar de ella para que el lecho quedase descubierto. Se la ofreció a Namo.

—¡Tire de la ropa!

Kenta, impaciente, hizo un violento ademán y la cobertura fue a parar a los pies de la cama. Al momento de su garganta se escapó un grito de horror.

Dos enormes, monstruosas arañas, yacían aplastadas contra la sábana. Algunas de sus largas patas se veían sueltas, destacando fuertemente sobre la blanca tela. El cuerpo piloso, negruzco, con vetas amarillas y unas articulaciones erizadas de espinas...

Namo Kenta quedó inmóvil, como petrificado. Los horripilantes bichos eran como dos zarpas inertes sobre la blanca sábana, dos salpicaduras que la selva hubiese arrojado sobre aquel blanco y lujoso lecho, como signo de protesta a la influencia occidental.

—¿Quién ha descubierto esto? —preguntó el africano, casi sin voz.

—Era el pijama que buscaba —sonrió Jerry.

—¿Ha sido usted? ¿Cómo llegó a sospechar?

—Ventajas de tener una mala reputación —contestó humorísticamente Lake—. Los blancos me arrojan de su círculo y esto me ha llevado de una manera natural a buscar el trato de otras gentes, sin importarme raza ni color...

Miró hacia la puerta abierta. Bajando la voz, añadió:

—Me temo que esta noche mi «personalidad», largo tiempo trabajada, ha quedado descubierta. En realidad, no lo lamento. Esta máscara me estaba ya resultando demasiado incómoda...

La encantadora imagen de Neida Fellini apareció en su imaginación.

—Hoy mismo expondré la situación ante mis superiores, tal como yo la veo. ¡Y ojalá consideren oportuno relevarme...!

Tras permanecer unos segundos pensativo, miró afectuosamente al africano y añadió:

—De esta borrascosa misión, solo conservaré un grato recuerdo: su amistad... Cuando todos me volvían la espalda, usted no tuvo inconveniente en tenderme la mano. Le devolveré la granja tal como usted me la entregó. Los despilfarros de que seguramente le han llegado noticias, eran parte de la farsa. No crea nada de lo que le hayan dicho...

—Es lo que menos me ha importado nunca, Lake —dijo el africano, con voz conmovida—. Lo que me interesaba era usted... y las terribles cosas que aquí han sucedido esta noche no conseguirán nublar la satisfacción de saber que usted es el mismo hombre de los primeros tiempos... ¡Lo celebro

infinito, capitán Lake!

Jerry soltó una carcajada:

—Mis compatriotas también lo van a celebrar… si llega el caso de que mis superiores accedan a relevarme.

—No se haga ilusiones, Jerry —intervino el inspector Barker—. Los jefes tienen grandes esperanzas en usted y difícilmente van a renunciar a sus valiosos informes…

Eso ya lo temía Lake. Tal vez por ello protestó con mayor calor:

—¡Tendrán que acceder a mi petición! De ahora en adelante, mi burda farsa solo va a ser creída por mis estúpidos «amigos» blancos… Además, hay un fallo grave en mis informes: el que se refiere a Disenghor…

Kenta le miró lleno de ansiedad:

—Explíquese…

—Lo tenía catalogado como uno de los principales elementos del «Mau-Mau»…

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó el africano.

—Ahora lo veo —respondió Jerry, apesarado—. Sin embargo, otras cuestiones que iban estrechamente ligadas con él han resultado ciertas. Una de tantas es esa —terminó, señalando los horripilantes bichos.

—¿Es que creía usted que Disenghor tenía algo que ver con esto? —preguntó Namo, espantado.



—¿Es que Disenghor tenía algo que ver con esto?

—Mis noticias eran que Disenghor atentaría contra usted tan pronto se aprobase el manifiesto condenando el terrorismo... Luego se modificó el plan. Aprovechando la circunstancia de que su casa se hallaba llena de invitados, el atentado se efectuaría en su habitación, ocultando la mano que lo iba a producir. Yo supuse que sería un explosivo... Estaba muy lejos

de imaginar que utilizasen un medio tan primitivo y tan inseguro. Cuando he descubierto esos bichos, estaban ya muertos. Tal vez Errima, sin saberlo, desde luego, los ha aplastado arreglando el lecho…

Pareció de pronto poseído de una gran prisa. Miró su reloj de pulsera.

—Arriba permanece Lizabeth encerrada en su habitación. Le he dado media hora para arreglarse y ya pasa de la hora… Tenemos que marcharnos.

—¿También ella…? —empezó a preguntar el africano.

Jerry le adivinó:

—¡Oh, no! ¡Pobre muchacha!… Es mi colaboradora inconsciente. Yo le pago para que me acompañe y se «divierta». Anoche la emborraché porque necesitaba un pretexto para quedarme en su casa y al mismo tiempo remachar ante mis compatriotas mi mala reputación…

Jerry tendió una mano al negro:

—Le dejo. Ni que decir tiene que todo cuanto hemos hablado queda en el olvido… Conserve solamente esto en su memoria: el «Mau-Mau» le tiene a usted, de tiempo, en su lista negra. Y es seguro que a partir de hoy usted va a constituir la obsesión de los terroristas. Todas las precauciones serán pocas. Confíese al inspector Barker y haga todo cuanto él le diga. El personal a su servicio será interrogado, pero no confiamos sacar muchas cosas en claro. El inspector tiene demasiada experiencia en estos asuntos.

Barker sonrió con amarga ironía. ¡Los agotadores interrogatorios al elemento indígena! Nada más exasperante e infructuoso. Al iniciarse los actos terroristas, la policía había llegado en ocasiones a detener a todo un poblado. Centenares y centenares de sospechosos pasando ante la mesa de los interrogadores, sin resultado. Todos parecían conjurados para guardar silencio, para borrar las huellas.

—¡Adiós, Kenta!

Le tendía una mano. Pero el africano, con los ojos llenos de lágrimas, le abrazó.

—¡Cuánto lo celebro, Jerry!

El británico se apresuró a separarse de Kenta porque también se sentía emocionado.

Minutos después, nadie que le viera podía suponer que aquel hombre había pasado las últimas horas de la noche ocupado en cosas graves.

Entró en la habitación de Lizabeth sin llamar siquiera. Entró hablando a gritos:

—¿Cómo es eso? ¿Todavía estamos así?

La muchacha rubia, medio desnuda, se hallaba sentada al borde de la cama. La presencia de Jerry no la afectó lo más mínimo. Con los codos apoyados sobre las rodillas, las mejillas en las palmas de las manos, mantenía la cabeza inclinada volcando al suelo la cascada de oro de su cabellera.

—Debemos marcharnos, Lizabeth. Es ya de día…

La muchacha no respondió. Sus hombros desnudos se encogieron levemente.

—¡Vamos, Lizabeth! Si tanto te ha gustado esta casa, te prometo volver otro día… si el dueño nos deja entrar.

Soltó una carcajada.

La habitación se encontraba en completo desorden y olía a diablos. Tirado sobre un sillón estaba el vestido de Lizabeth, que la dejaba tan desnuda como con la ropa interior.

—Te ayudaré a ponerte esto…

Torpemente enfiló el vestido por la cabeza de la joven. Ella apenas ofreció resistencia. Pero precisamente aquella pasividad era lo que más estorbaba a Jerry.

Consiguió al fin que la muchacha se pusiera de pie. Le ajustó el vestido lo mejor que pudo, cogió de la mesita de noche un collar de perlas artificiales y un brazalete de bisutería pertenecientes a Lizabeth, se los metió en un bolsillo del pantalón en tanto con el otro brazo sostenía a la joven por la cintura, e inició la salida.

Ya en el corredor optó por coger a la muchacha en brazos. De esta forma fue cómo salieron a la escalinata del jardín. Y así fue cómo Jerry descendió los escalones de mármol y anduvo un trecho por el sendero de grava, hasta que se detuvo ante un pequeño coche descubierto, de dos asientos.

Por encima de la portezuela metió a la joven en el coche. Lizabeth quedó como un maniquí cuyas articulaciones no se adaptaran bien al asiento. Jerry fue al otro lado del coche, se sentó al volante y el motor enseguida comenzó a vibrar.

En lo alto de la escalinata y entre los macizos se veía a algún agente con gesto estupefacto. El coche arrancó. Cruzó pronto la avenida central, pasó la puerta de hierro y, tras deslizarse por una estrecha pista, lanzóse a toda velocidad por la ancha carretera que conducía a Nairobi.

Minutos después el coche evolucionaba en plena ciudad. Se detuvo ante un hotel de ínfima categoría.

Allí Jerry volvió a coger en brazos a Lizabeth. Muchos transeúntes, la mayoría negros, se detuvieron a mirar.

El británico cruzó rápidamente el pequeño y oscuro vestíbulo y empezó a subir un largo tramo de una vieja y crujiente escalera de madera. Arriba le aguardaba un estrecho corredor, con puertas a ambos lados. Abrió de un puntapié una de las puertas situadas casi al final.

Unos pasos detrás de Jerry marchaba un hombre gordo, de baja estatura, en mangas de camisa y cabeza monda. A cada dos pasos soltaba un gruñido, como si sus huesos fuesen tan viejos como la madera de los escalones.

—Y como de costumbre —masculló, apenas vio que Jerry dejaba su carga sobre el lecho que había en el cuarto—, la porquería de sus sucias correrías quedará en mi casa...

—¡Mucho cuidado, Anthony!... —exclamó Jerry, adoptando una solemne actitud, intencionadamente cómica—. Los flecos de esta juerga no son como los de todos los días... ¿Sabes dónde hemos estado?

—¡A mí que diablos me importa! —exclamó el hotelero.

—Debe importarte. Esto puede dar categoría a tu inmunda covacha... Lizabeth ha sido invitada de honor del potentado Namo Kenta...

A pesar de que el hotelero estaba preparado para rechazar cualquier cosa que dijera Lake, no pudo menos que quedar suspenso durante unos segundos al oír aquello. ¡Ser huésped de Namo Kenta! ¡Uno de los personajes más destacados, por su dinero y su personalidad, no ya de Nairobi, sino de toda Kenya...!

Anthony se repuso enseguida:

—Lizabeth habrá sido contratada para fregar los platos —dijo, soltando la carcajada.

Por primera vez aquella mañana, Lizabeth habló:

—¡No eres más que un fardo de inmundicias, Anthony! —grito la joven, con voz ronca, vuelta de cara a la pared.

El hotelero soltó una risotada. Enseguida, dándose un tirón a los pantalones de forma que la cintura rebasara el abultado vientre, pregunto destempladamente:

—¿Te dije que no estaba dispuesto a soportarte otra nueva borrachera?

—¡Al diablo cuanto tú puedas decirme!

—¿Sí? ¡Hoy mismo saldrás de mi casa!

—Bah... ¿Has oído, Jerry? Me echa de esta cueva, donde ni siquiera los cafres pueden alojarse dignamente...

La muchacha comenzó a reír, de una manera sorda y convulsa.

—¿Sabes lo que le pasa a ese barrigudo?

Se interrumpió, para dejar paso a un acceso de risa.

—Tiene la pretensión de que me fije en él... ¿Comprendes, Jerry?... ¡Fijarme en esa piltrafa!

De repente se volvió. Se apartó con una mano la cabellera que le cubría la cara. Empezó a incorporarse, hasta quedar sentada en el lecho. Sus ojos miraban fijos a un punto indeterminado.

—¡Tan bajo habré caído!

La exclamación fue hecha en un tono tan inesperado tan dramático que el hotelero no se atrevió a replicar. Tampoco Jerry se lo hubiera consentido.

En ese momento Lake se consideraba algo responsable de lo que le sucedía a Lizabeth. Semanas antes cuando la conoció, la muchacha acababa de llegar a Nairobi procedente de El Cairo. En la capital de Egipto

había trabajado en un café cantante. En Nairobi buscaba algo semejante. Su plan era recoger algún dinero y regresar a Londres. Su apariencia estaba muy lejos de tener el descoco de ahora.

Jerry, en su plan de escándalo había arrastrado a la joven a las zonas más bajas de Nairobi. Habían alternado con toda clase de gentes. Habían asistido a desaforadas juergas de nativos celebradas en plan de clandestinidad. En todo aquello, Jerry llevaba un fin. Pero… y aquella muchacha?

—Vamos a complacer a Anthony —manifestó Lake, casi sin pensarlo—. Si te encuentras en condiciones, recoge tus cosas y vámonos.

—¿A dónde? —preguntó la joven.

—A un verdadero hotel. Y a ser posible, mañana mismo saldrás para Londres…

La muchacha hizo un brusco movimiento y miró a Lake con ojos pasmados Tan sorprendida se hallaba que no advirtió que el vestido se le soltaba por un lado y enseñaba parte del busto. Los ojos de Anthony fosforecían.

—¡Jerry! ¡Qué broma es esa?

—Hablo en serio, Lizabeth —dijo gravemente Lake—. Levántate y recoge tus cosas… Tú, Anthony, sal de esta habitación y ve a preparar la cuenta de lo que se te debe…

Pero el grueso individuo se hallaba demasiado embebido en la contemplación de la muchacha y seguramente no oyó. Jerry le cogió de los hombros y lo empujó hacia el pasillo.

—¿Es que estás sordo?

Y fue a través de la expresión de Anthony que Jerry adivinó el peligro. El hotelero había retrocedido por la presión de Lake, pero obedeciendo de una manera inconsciente, sin que en su rostro se produjera el más leve cambio de gesto.

Con expresión alelada llegó retrocediendo hasta que su ancha espalda chocó contra la pared del pasillo. Fue entonces cuando se produjo la transición que advirtió a Jerry.

Al llegar Anthony al tabique, se volvió rápido a mirar a un lado del corredor y un gesto de espanto se plasmó en su rostro. Pareció primero dispuesto a gritar. Luego, instintivamente, dio unos pasos atrás.

Jerry vio que, en tromba, dos individuos negros se arrojaban en la habitación. Golpeó a ciegas, sin más fin que pararles. Sintió en un brazo la mordedura de un cuchillo, pero esto, lejos de apaciguarle, aun le enardeció más.

Sus puños golpeaban formando una cerrada coraza a través de la cual el enemigo no podía pasar su brazo armado. Lizabeth había lanzado un aterrorizado grito y se había apelotonado en un ángulo del lecho. Anthony había desaparecido.

Uno de los asaltantes fue alcanzado en las mandíbulas. Se oyó un rugido. Al desplomarse intentó agarrarse a su compañero. Los segundos que este perdió en desprenderse de él decidieron el momento.

Jerry los aprovechó para retroceder hasta donde le permitía la reducida estancia. Su mano derecha, roja de sangre, se posaba sobre la blanca pechera, se introducía por la abertura del «smoking» y aparecía enseguida empuñando una automática.

Sonaron dos detonaciones. Cogió tan de cerca a su enemigo, que Jerry sintió en su cara una vaharada de sangre.

Giró rápido el cañón de su pistola hacia el ángulo de la habitación donde se hallaba Lizabeth. Esta había vuelto a gritar. Vio al individuo que acababa de golpear en las mandíbulas acercarse, todavía medio aturdido, al sitio en que se hallaba la muchacha, en alto el brazo que empuñaba un largo cuchillo.

Jerry disparó sin casi poder apuntar. La pistola se le iba de los dedos. El corte que tenía en el antebrazo sangraba cada vez más.

Se pasó el arma a la otra mano y de un salto se plantó en la puerta. En el primer momento el corredor se hallaba desierto. Pero en distintas habitaciones comenzó a oírse ruido. Sigilosamente fueron abriéndose algunas puertas y asomando rostros espantados.

Se volvió a mirar al interior de la habitación. Lizabeth, acurrucada en un rincón, se cubría el rostro con ambas manos y emitía angustiosos estertores.

A los pies del lecho, de rodillas en el suelo y con la cabeza doblada sobre el borde de la cama, yacía uno de los individuos. Su mano derecha seguía aferrada a la empuñadura del cuchillo, y este, hundido hasta el mango en el centro del colchón.

Jerry se pasó una mano por los ojos.

—¿Te ha ocurrido algo, Lizabeth?

La muchacha respondió con un sollozo. Afuera sonaron pasos precipitados. Jerry se asomó de nuevo.

Se tranquilizó. Era la policía…

CAPÍTULO III

—No lamento nada, coronel Whitney. Este incidente ha venido en mi ayuda. Él es el que dará mayor fuerza a la petición que voy a hacerles...

—¿Qué es ello, capitán Lake? —preguntó el superior, mirando a Jerry con ojos risueños, como si ya supiera lo que iba a pedirle.

—Puesto que mi papel de «golfo» ya está agotado, solicito autorización para volver a ser persona «honorable»...

—¡Me sorprende, capitán! Aún no hace tres días parecía usted entusiasmado en su farsa. Me aseguró que temía el momento en que tuviera que volver a la «normalidad». Parecía usted horrorizado por el hastío que presentía entonces... ¿A qué obedece ese cambio tan repentino?

—Está bien claro, coronel. Mi misión está cumplida. Los acontecimientos de la pasada noche han puesto las cartas boca arriba... Sería absurdo prolongar el juego. Y en cuanto a la muchacha que ha estado colaborando conmigo sin saber la gravedad del asunto, solicito para ella una cuidadosa protección mientras se encuentre en territorio de Kenya...

—De eso no tiene que preocuparse. Ya se halla en sitio seguro. Y a ser posible, mañana mismo saldrá de Nairobi...

—Lo celebro... Pese a todas las apariencias, es una buena muchacha, coronel...

—No lo dudo. Y también bastante atractiva... Por cierto, que cuando le hemos comunicado nuestro propósito de sacarla de aquí, no le ha hecho mucha gracia. ¿Sabe usted si tiene algo que la ate a este país?

—Nada en absoluto. Esa joven marcha a la deriva. Cuando la conocí, su única ilusión era reunir algún dinero para regresar a Londres. Voy a hacer que Namo Kenta me haga un empréstito para Lizabeth. Lo hará de muy buen grado. Además, está en el deber de hacerlo. Fue Lizabeth quien oyó la palabra clave en una de nuestras juergas con los nativos, que me dio la pista del atentado contra Kenta...

—Nuestra intención era que usted prosiguiera en su «papel». Pero en las últimas horas se están produciendo cosas que nos obligan a cambiar de plan. No es solo lo que les ha sucedido a ustedes. En varios distritos del noroeste se están produciendo desmanes que parecen obedecer a un plan coordinado. Hemos tenido que echar mano de toda la fuerza disponible y mandarla allá, con riesgo de dejar la capital desguarnecida. En tanto nos llegan refuerzos, todos hemos de procurar multiplicarnos... La tarea que le aguarda va a ser entretenida, capitán Lake. No tema aburrirse. Las noticias que de momento en momento nos llegan nos dan la convicción de que los

kikuyus se disponen a otro levantamiento…

Tiempo atrás ya hubo un intento. Gracias a la rapidez con que de las colonias vecinas, Uganda y Tanganika, y de las guarniciones inglesas en el mar Rojo, se enviaron refuerzos, la revuelta quedó circunscrita a la zona donde los kikuyus constituían mayoría. Este grupo racial es el más inteligente de la población negra. Muchos han tomado parte en la segunda guerra, enrolados en los ejércitos aliados. Conocen el manejo de las armas modernas y el sistema de vida europeo.

Muchos, incluso, han estudiado en universidades británicas.

El banderín de guerra era la expulsión del europeo del territorio de Kenya. El blanco se había adueñado de las mejores tierras, las situadas en las altas mesetas.

El «Mau-Mau» llevaba en su seno todas las contradicciones, todos los imposibles de aquel movimiento. La población africana se encontraba aún muy lejos de haber asimilado la esencia de la civilización occidental. La masa rural de raza kikuyu seguía en sus ancestrales costumbres de paganismo animista. La chispa rebelde les llegaba de las ciudades, donde enormes contingentes de obreros negros se acumulaban en fábricas de cerámica, cigarrillos, cerveza… El campesino respondía a la llamada más bien por solidaridad racial. Los jefes «Mau-Mau» utilizaban para captarles todas las hechicerías y ritos de un pasado selvático. El culto a las serpientes y al espíritu de los antepasados, refugiado en determinados animales…

El coronel Whitney y el capitán Lake permanecieron unos instantes observándose en silencio. Ninguno de los dos podía engañarse con falsos optimismos. Pese a la ventaja que suponía un ejército como el británico, armado con los medios más modernos, el enemigo contra el que tenían que luchar era de los más temibles. Una horda de fanáticos que utilizaba el silencio, el disimulo, como intrincada selva donde agotar la potencia del ejército ocupante. Si un grupo de africanos se lanzaba a atacar, no se detendría en tanto uno quedara en pie. El juramento emitido en las secretas reuniones celebradas durante la noche, en puntos perdidos de la selva, era no cejar hasta conseguir la expulsión del blanco y morir si faltaban al juramento.

Raro era el día que no aparecían nativos mutilados por sus propios hermanos, como represalia a su vacilación en el cumplimiento de su juramento o por supuesta colaboración con el blanco.

—Capitán Lake: usted va a ocuparse de un asunto que usted mismo ha promovido en uno de sus informes… Me refiero al que usted catalogó con el nombre de «Serpiente dormida»…

—¡Es cierto! —exclamó Jerry—. ¿En qué ha quedado eso?

—¿Qué es lo que suponía usted que era?

Lake, tras quedar unos instantes pensativo, respondió:

—Ya apenas me acuerdo. Sé que se prestaba a muchas conjeturas... Lo mismo podía tratarse de la reunión de importantes jefes de tribu, como de un depósito de armas...

—¡Exacto!

—¿Son armas?

—Casi tengo la convicción... Pero en los datos que usted nos facilitó debe haber un error de orientación. Usted daba como punto de referencia las cataratas Okamga...

—El informe lo recogí de labios de un nativo... que por cierto murió a las pocas horas de haber hablado.

—¡Está claro, entonces! Esa represalia demuestra que el enemigo sospechaba que nosotros sabíamos el sitio del depósito, y lo cambió de sitio, probablemente.

—La muerte del nativo nada tenía que ver con «Serpiente dormida». Pereció por un incidente casual, por algo que podíamos calificar de discusión de taberna... en la que precisamente la causa fue Lizabeth. En aquella ocasión le dio por sentirse coqueta y lo consiguió. El punto de partida fue darme celos.

El coronel le miró con sorna:

—¿Y lo consiguió?

—Me hallaba demasiado preocupado en descifrar lo que ocultaba «Serpiente dormida». Dejé a Lizabeth con sus juegos... Cuando me di cuenta, dos negros ya se habían cosido a puñaladas...

—¡Vaya con nuestra buena chica!... —comentó Whitney.

—Pues lo es, a pesar de las apariencias.

—¡Oh, no lo dudo! Pero también estoy seguro de que sus atractivos son una peligrosa carga explosiva. Veré de apresurar su salida de Kenya...

—Es cosa que celebraré infinito. Nunca me perdonaría que por descuido nuestro le sucediera algo a esa muchacha. Hoy se ha llevado un susto mayúsculo.

Como por asociación de ideas, Jerry se llevó la mano izquierda al brazo derecho, abultado por las vendas. El coronel reparó en ello.

—Si considera usted que esa herida puede obstaculizar su actuación, no vacile en manifestarlo.

—En absoluto. Supongo que mi misión no es montar ningún pequeño reloj, sino enfrentarme con una naturaleza brava... En último caso, dispararé con la izquierda... ¿Qué gente me ha de acompañar?

—Me quedan unos veinte hombres, de dos compañías recientemente llegadas del Sudán. Es gente experimentada. Excombatientes la mayoría... ¿Le satisface?

—Creo que sí. ¿Qué misión es la nuestra?

—Mantener la tranquilidad en la zona de las cataratas y, a ser posible, hallar la madriguera de la «Serpiente dormida»...

Whitney hizo una pausa para ver el efecto que sus palabras hacían en Jerry, pero este permaneció impasible.

—En el caso de que fuera imposible hallar esa madriguera, quitar de los kikuyus el deseo de «despertar la serpiente». Si efectivamente se trata de un depósito de armas, hay que evitar por todos los medios que los terroristas se sirvan de él. Un fusil en manos de uno de esos fanáticos es un poderoso amuleto cuyo influjo arrastra a una multitud. Le mandaré refuerzos tan pronto me sea posible... ¿Cuánto tiempo necesita para estar dispuesto?

—El tiempo justo para ir al hotel y cambiarme de ropa.

Jerry soltó una carcajada.

—Va a ser digno de ver el gesto de los conocidos, cuando me vean con el uniforme...

Se levantó:

—¿Algo más, mi coronel?

—Nada, capitán Lake. Voy a disponer que esos hombres estén preparados...

—Todo lo más dentro de media hora estaré de retorno.

* * *

Jerry Lake tardó algo más de media hora en regresar al cuartel. El motivo fue que en el último momento, ya fuera del hotel, no pudo resistir la tentación de entrar en otro hotel situado en la misma calle.

Allí preguntó por la familia Fellini. La respuesta fue que se habían marchado. Esto le produjo a Jerry una gran desazón. Creía que Neida había puesto en práctica lo anunciado la noche anterior: marcharse de Kenya.

Pero no era así.

—Han salido a primeras horas de la ciudad —explicó el empleado—, pero aquí siguen teniendo reservadas sus habitaciones...

—¿No sabe a dónde se dirigían?

—No, capitán...

Entonces Jerry pidió permiso para hablar por teléfono. Se metió en una cabina y marcó el número de teléfono de Namo Kenta. Instantes después establecía conexión con el inspector Barker. Este se hallaba en plena tarea de interrogar al personal del servicio. El policía tenía ya noticias de lo ocurrido a Jerry en el hotel de Anthony.

De manera bastante escueta Lake le comunicó el éxito obtenido en su petición de volver a la vida normal.

—¡Visto ya uniforme! —exclamó, como chiquillo con zapatos nuevos.

»—No sé si felicitarle, capitán Lake —repuso el policía—. Su nueva situación también tendrá sus pegas. ¿Quiere hacerse cargo de la mía? Me quedan todavía cinco criados que interrogar y pienso dar una segunda

vuelta…

—¿Y nada en claro?

»—¡Todo negro, Lake! ¡Terriblemente negro! ¡De esta terminaré loco! —gritó Barker, en el colmo de la desesperación.

Jerry le indicó que deseaba hablar con Kenta. Al momento el africano se puso al aparato. Se mostró muy afectado por la agresión de que había sido objeto Jerry.

—Que le sirva de muestra —rio el británico—. Debe usted tomar las máximas precauciones…

»—Se hará lo posible, Lake. Tan pronto el inspector Barker lo autorice, me alejaré de aquí…

Jerry le indicó que iba destacado al sector de las cataratas de Okamga. Apenas lo dijo, el africano exclamó:

»—¡Capitán Lake! ¡Si le fuera posible…!

—¿Qué desea, Kenta?

—Los Fellini deben hallarse a estas horas en mi granja «La gran meseta». Dista unas millas de las cataratas…

—Lo sé. He estado varias veces allí. ¿Ya no recuerda mi ficción como granjero? —repuso Jerry, sintiendo una inconmensurable alegría.

»—¡Es cierto! —rio el africano—. Oiga, Lake: anoche invité a los Fellini a visitar mi granja. Les prometí que hoy me reuniría con ellos allí… Estaba yo muy lejos de suponer lo que iba a ocurrir. ¿Querrá verles, en mi nombre?

—No se preocupe. ¡Iré con mucho gusto!

Ninguna misión más agradable podían encomendarle en aquellas circunstancias.

»—Si el inspector lo considera oportuno —siguió el africano— haré una escapada…

—¡No lo intente! —le interrumpió Jerry—. ¡Y no olvide que estamos hablando por teléfono!… Confíese al inspector Barker. ¡Ah! Otra cosa, Kenta: prepárese para un sablazo…

Le habló entonces del regalo que pensaba ofrecer a Lizabeth. Jerry no disponía de momento de dinero. Pensaba arrancar del Departamento de Información, del que había dependido varios meses, una importante suma que se le adeudaba como gastos del servicio, pero esto tardaría algún tiempo. Y lo de Lizabeth urgía…

Como ya Jerry esperaba, el africano tomó por su cuenta la recompensa de aquella muchacha. Lake colgó el auricular sintiéndose muy satisfecho de su desparpajo. Durante largo tiempo había estado interpretando el papel de hombre desaprensivo. Esto de ahora era la secuela.

—Al menos —dijo, pensando en alta voz—, esta «frescura» tendrá la virtud de remediar la situación de un ser desgraciado…

Allí mismo, en el vestíbulo del hotel, Jerry escribió unas líneas dirigidas

a Lizabeth, despidiéndose de ella y anunciándole el envío de un espléndido regalo y aconsejándola que saliera de Kenya, volviera a Londres y adoptase una nueva vida.

Y terminaba con las siguientes palabras:

«¡Nunca recuerdes las infernales noches de Nairobi! ¡Ni siquiera como pesadilla!…».

Media hora más tarde, Jerry Lake salía del cuartel al frente de sus veinte hombres, distribuidos en tres coches blindados, camino de las cataratas de Okamga…

CAPÍTULO IV

A media milla de las cataratas, en un promontorio almenado por crestas de roca, había unas cuantas barracas. Desde hacía unos meses estaban deshabitadas. Eran, en días normales, habitual refugio de las patrullas que hacían el servicio de vigilancia siguiendo el zigzag del río.

Desde hacía varias semanas, ningún soldado se había atrevido a pernoctar allí. Al empezar la revuelta, la guarnición de Kenya había tenido buen cuidado de abandonar los puestos situados muy al interior para formar un ancho cinturón que contuviese dentro al sector estrictamente kikuyu.

Por primera vez en varias semanas, un grupo de soldados británicos, al mando de Jerry Lake, se instalaba cerca de las cataratas. Llegaron a media tarde, y tan pronto descendieron de los coches, en tanto unos se dedicaban a acarrear las armas y los víveres a lo alto del promontorio, otros se internaban en el bosque próximo para cortar ramas con que reparar el techo de las barracas.

Jerry dirigía estas operaciones y de vez en cuando se volvía a mirar el sol, próximo ya a la cordillera que lo iba a engullir. Pensaba haber llegado a aquel sitio mucho más pronto. Así hubiera tenido tiempo de hacer una escapada a la hacienda de Namo Kenta antes de que cayera la noche.

Iba a ser imposible. La situación no le permitía el menor descuido. En el trayecto desde Nairobi había tenido suficientes oportunidades para darse cuenta de la gravedad del momento.

Infinidad de detalles denotaban que los kikuyus iban a intentar un nuevo levantamiento. Quizá ahora fuera de veras.

Para llegar a las cataratas habían tenido que cruzar varios poblados. Los nativos los miraban pasar, y quizá por primera vez mostraban a las claras su hostilidad.

Apenas llegar a las tierras altas se encontraron con huellas recientes de la furia negra. Un pequeño poblado ardía por los cuatro costados. No hallaron a ninguno de sus moradores. Más adelante, en una granja cerca de la pista, distinguieron frente al «bungalow» a un grupo de negros. Jerry dio la orden de alto y echó pie a tierra.

Acompañado de cinco soldados entró en la granja, en dirección a la casa. No llevaba más fin que interrogarles, por si sabían y «querían» decirle algo acerca del incendio.

Pero a medida que se acercaban, el grupo de nativos se iba reduciendo por momentos y llegó un instante en que solo quedaron unos cuantos

niños. Como por arte de magia, los hombres y las mujeres habían desaparecido por detrás del «bungalow», filtrándose seguramente en la plantación de vegetación alta que empalmaba con el bosque.

Cuando Jerry empezaba a subir los escalones que precedían la entrada de la casa, apareció en la puerta una mujer negra, algo vieja, que les acogió con mirada fría y gesto impasible.

Jerry empezó a hablar empleando el dialecto habitual entre los kikuyus y de pronto se vio interrumpido en inglés:

—No se moleste. No sé nada.

—Con esa «ignorancia» ya contábamos nosotros —replicó el británico, soltando una breve risa—. Pero tal vez el aire les ha traído la sospecha de que a cuatro millas de aquí arde todo un pueblo.

—No sé nada —respondió la mujer, con la misma impasibilidad.

Jerry dirigió una mirada al interior de la casa. Algo vio en ella que no le gustó.

—¿Nos permite pasar? Estamos muy cansados.

La mujer no parecía nada dispuesta a acceder, pero el británico tenía el propósito de no perder más tiempo. Con el ademán apartó a la negra de la puerta y se metió en la casa.

Enseguida vio a un individuo cuyo aspecto le dio a entender claramente de quién se trataba: un curandero.

Jerry comprendió al momento que acababa de sorprenderle en plena tarea. En una piedra vaciada en forma de mortero ardían unos trozos de madera. Al lado, extendida en el suelo, se veía una piel de animal y esparcidas sobre ella varios huesos, seguramente de mono.

Un hueso de mono calentado al rojo era aplicado con toques rápidos sobre cualquier órgano dañado. Paquetes de hojas también calentadas. Extrañas y malolientes unturas. Todo acompañado de pases magnéticos y misteriosos rezos. Algo risible enfocado desde cualquier punto de Europa, pero no desde aquí. Jerry sabía demasiado bien que al enfrentarse con aquel individuo sucio, de mirada febril y huidiza, se encaraba con una de las poderosas palancas que ponían en marcha a la población africana.

Tendido en una litera se veía a un negro, bastante joven. Una cobertura de colores chillones le tapaba el cuerpo hasta llegar a la misma barbilla.

Los colores de la tela, a pesar de lo vivos, no conseguían ahogar la alarmante llamarada de unos manchones de sangre.

Jerry se acercó al lecho.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en inglés.

El joven negro apretó sus labios hinchados y cerró los ojos. Lake cogió la cobertura y tiró de ella. Apareció un cuerpo desnudo, cruzado de heridas hechas a cuchillo.

Siete cortes. Jerry comprendió enseguida que no tenía nada que hacer allí. Vio a la vieja de pie ante la puerta, observándole con ojos de espanto.

Nada podía hacer de momento. El tiempo que prolongara su permanencia en la casa, no serviría más que para perjudicar a aquellos seres. Estaba claro que el joven había sido víctima de una represalia del «Mau-Mau». Sería inútil interrogarles. Y prometerles protección resultaría algo peor que un sarcasmo.

Con una mano hizo signo de saludo y salió en silencio. Afuera le esperaban los cinco soldados.

—¡Vámonos!

—¡Mi capitán! —dijo uno de los soldados—. Oculta en esa vegetación hay gente observándonos. Apostaría mi cabeza a que está comprometida en algo.

Jerry le miró risueño:

—¿Llevas mucho tiempo en Kenya?

—Dos semanas, mi capitán.

—¿Sin salir de Nairobi?

—Sí, mi capitán.

—Pues ten esto en cuenta, tú y todos tus compañeros. El gesto feroz y la actitud huidiza, tomadlo por lo que en realidad es: simple coraza del cacto. Temer y huir es el signo natural de esta gente. Poneos en guardia cuando los veáis sonreír y tenderos la mano amigablemente. Eso es que ya ha tenido contacto con nuestra raza. Antes de estrecharles la mano, fijaos si llevan escondido entre los dedos algún bicho de mortífera picadura.

Volvieron a donde aguardaban los coches. Prosiguieron la marcha y otras varias veces tuvieron que detenerse. Por cualquier parte encontraban huellas de revuelta. Diríase que la pasada noche había sido la designada para que los terroristas manifestaran al unísono una prueba de su poder.

Jerry lo relacionaba con lo ocurrido en casa de Namo Kenta. Los personajes más representativos de la población africana estuvieron allí reunidos, convocados por el buen deseo de Kenta de encauzar el espíritu de la revuelta por medios más pacíficos. La reunión había sido un fracaso. El manifiesto quedó sin firmar. ¿Hasta cuándo las autoridades inglesas permitirían aquella indecisión?

Vistas las cosas serenamente, aquellos personajes tenían motivos para dudar en dar un paso que les comprometiera. Algunos jefes de tribu que en un principio se precipitaron a condenar los actos de violencia, habían sido hallados muertos, horriblemente mutilados. La audacia de los terroristas había llegado hasta el extremo de dejar los restos de una de sus víctimas en el vestíbulo de uno de los departamentos oficiales. De continuo, los carteles fijados en las paredes condenando la violencia y haciendo un llamamiento a la población civil para que colaborase con las autoridades, aparecían con la macabra viñeta de una cabeza de perro, colgada en lo alto, dejando que los hilos de sangre al resbalar sobre el papel plasmasen una pauta a seguir mucho más poderosa que la impresa por las

autoridades.

Jerry decidió no detenerse más, fuese lo que fuese lo que encontrase en el camino. Debían llegar al sitio de su demarcación antes de que la noche se les echase encima. Si sus informes eran ciertos, cerca de las cataratas estaba «Serpiente Dormida». Lo importante en aquel momento no era hallar el depósito de armas, sino hacer acto de presencia en aquel lugar e impedir, por ende, que el enemigo se decidiese a utilizarlas. Siempre contando con que el enemigo no se hubiese adelantado.

Esta prisa por llegar fue la que le impidió acercarse a la hacienda de Namo Kenta, donde debían encontrarse los Fellini. Pero envió a uno de los tres coches blindados.

El recado que dio a sus soldados fue bien escueto. Por orden del capitán del grupo —les prohibió que dieran su nombre— debían permanecer en la granja hasta que las circunstancias cambiasen. De ningún modo debían intentar volver a Nairobi. Para impresionarles, los soldados les podían referir lo hallado en el camino, si es que los italianos no lo conocían ya.

Jerry tenía casi la seguridad de que los Fellini no se encontrarían en «Meseta Grande». Antes de llegar allí, habrían tenido suficientes ocasiones para apreciar que la situación era bastante amenazadora.

Cerró la noche y los que se desviaron para ir a la granja de Kenta no habían regresado aún. El recorrido no era tan grande para esta tardanza. Jerry empezó a inquietarse. El personal se hallaba ya bien distribuido, las armas convenientemente emplazadas. Era muy posible que los kikuyus intentasen atacar el puesto durante la noche. Lake pensaba destacar algunas patrullas siguiendo el curso del río, tal como se hacía semanas antes. Lo único práctico que de esto se pudiera sacar era el efecto que produjeran sobre los indígenas de aquel sector. Si llegaban a considerarse protegidos, acaso presentasen resistencia a las coacciones de los cabecillas de la «Mau-Mau».

Cuando se disponía a enviar la primera patrulla, llegó el coche. De los siete soldados que debían ocuparlo, solo regresaban tres.

Los otros cuatro se habían quedado en la granja de Kenta, en el «bungalow» que servía de residencia al dueño. La numerosa plantilla que trabajaba en la hacienda, no había acudido en su totalidad al trabajo. Permanecían encerrados en sus pabellones y todo hacía suponer que esperaban consignas de fuera.

—Pero ¿y los Fellini? —interrumpió Jerry, impaciente.

—Están en el «bungalow», con los capataces —explicó el soldado que desde un principio estuvo dando cuenta de la situación—. El hombre está herido.

—¿Qué hombre?

—El italiano. He hablado con él. Fueron atacados cuando llegaban a la granja.

—Pero ¿cómo no regresaron a la ciudad cuando todavía era tiempo? —preguntó Jerry, indignado por aquella ceguedad.

—De eso hablamos —prosiguió el soldado—. La joven italiana explicó que al cruzar un poblado incendiado quisieron retroceder, pero el que conducía el coche —un negro, empleado de Namo Kenta —replicó que él había recibido orden de su amo de llevarles a la granja y que él obedecía siempre. Que aquel incendio no significaba nada. Que era el sistema que empleaban los blancos para sanear zonas atacadas por la peste.

Lake no pudo contener una exclamación de cólera. Era inconcebible que Pietro Fellini, viejo colono en una comarca tan semejante a la de Kenya, no supiese distinguir las huellas de una revuelta.

—Creemos —siguió el soldado— que los italianos han disimulado por no complicar la situación. El padre de la muchacha fue seguramente herido por el chofer o su ayudante, pero se lo callan porque tienen la esperanza de que el personal cambiará de actitud sin necesidad de llegar a la violencia. Los capataces, sin embargo, desconfían y nos han suplicado que nos quedáramos pura proteger la hacienda. Los obreros siguen encerrados en sus pabellones.

Los tres soldados parecían abrumados, mirando con temor a su capitán, no sabiendo si habían hecho bien dejando en la granja a cuatro de sus compañeros.

Cuando el que refería lo acontecido se calló, miró con ansiedad a su jefe en espera de que este hablara.

Durante unos instantes, Jerry permaneció reconcentrado. Diríase que no había oído nada de lo que el soldado acababa de referir. Y de pronto:

—Preparad los tres coches. Vamos a salir.

Solamente tres individuos se quedarían en el puesto. Simplemente, una representación simbólica. Tenía decidido un plan. Pasar a la acción inmediatamente. Si el personal de la granja de Namo Kenta se mantenía en aquella actitud amenazadora, era porque obedecía órdenes de gente situada fuera. Por causas que todavía desconocía, no habían pasado a la acción, pero era indudable que eso no tardaría en ocurrir. Si había visto arder algunos poblados, si algún nativo había sido represaliado personalmente, simplemente por vaga sospecha de colaborar con los blancos, ¿qué no sucedería con todo lo que estuviese relacionado con Namo Kenta?

A los tres que se quedaban en el puesto dio órdenes de que durante lo que quedaba de noche, disparasen al notar el menor signo sospechoso. Y ya de día, por ningún concepto debían descender de la posición en que se hallaba instalado el puesto de vigilancia.

—Algunos kikuyus —aclaró Jerry— han estado luchando con nosotros en Birmania. Conocen todas las tretas. ¡Ojo con el que os tienda la mano!

Se hallaban ya los tres coches preparados para salir. Y fue al encender

los faros, cuando un aluvión de balas cayó sobre los coches.

Afortunadamente, el grueso de la fuerza aún no se había acercado a los vehículos. Solamente dos soldados fueron alcanzados. Los demás se echaron a tierra o se replegaron a la parte alta de la posición.

Los fogonazos surgían de distintos puntos, formando un ancho arco que casi abarcaba la prominencia. Jerry, al amparo de una pequeña roca, observaba. De lo que menos se preocupaba en aquel momento, era del peligro que pudieran correr.

Su primera orden, tan pronto se inició la agresión, fue de no contestar en tanto él no lo autorizara. Lo que más le interesaba era conocer la potencia del enemigo.

Demasiadas armas entraban en juego. Era una conclusión muy poco agradable.

—«Serpiente Dormida» ha despertado —dijo, con estoicismo de soldado encallecido en los cambios de fortuna.

Sí. Desde que él facilitó el informe sobre el depósito de armas había transcurrido demasiado tiempo. Se había movido, además, demasiado ruido para que la «serpiente» no despertara.

Pero el reptil se había precipitado.

—Los faros han deslumbrado a la serpiente —agregó, sintiéndose contento.

Si el enemigo hubiera aguardado medio minuto más, la eficacia del golpe hubiera sido fatal para los británicos.

—Así, vamos a hacer que las cosas se pongan a nuestro favor.

Y llamando en voz baja a los que tenía más cerca, empezó a dar órdenes.

* * *

Se deslizaban como verdaderas serpientes. Unos se orientaban por el fragor que producían las cataratas. Otros se dirigían al sitio en que más fogonazos se producían.

Lo que sin duda sorprendía más a los atacantes era no ver contestado su fuego. Los tres coches blindados seguían al pie del promontorio. Uno de los vehículos mantenía aún los faros encendidos.

Los hombres de Lake, la mayor parte experimentados en la guerra de la jungla, proseguían su deslizamiento, poniendo, una vez más, a prueba sus nervios bajo la tupida red de balas. De vez en cuando, alguno de aquellos hombres era mordido por los furiosos abejorros. Pero ningún gemido se escapaba de su boca. Si no podían seguir, se apartaba de la ruta dejando paso al compañero que iba a la zaga.

Por fin, cada grupo llegó al sitio que tenía designado. El fuego de los atacantes seguía con la misma intensidad del principio. Los hombres de Lake conocían ya perfectamente la posición de cada enemigo.

Jerry dio la señal. Y únicamente el grupo en que él estaba y otro situado enfrente prorrumpieron en concentradas descargas sobre los núcleos avanzados.

De repente, los fogonazos enemigos quedaron extinguidos. La sorpresa, más que la eficacia de los disparos era lo que les había hecho callar.

Se repusieron enseguida y volvieron las armas hacia los puntos de donde habían salido las descargas. Pero ya allí no había nadie. O por lo menos, todo deseo de entablar diálogo se había extinguido.

La realidad era que Jerry y los suyos, apenas descargaron unos cuantos trallazos cambiaron de sitio. Retrocedieron separándose más de la posición, como si la ventaja estuviera en distanciarse mucho.

Ahora eran otros dos grupos de Lake los que disparaban. Lo hicieron casi encima del enemigo, cogiéndole de flanco.

Durante unos instantes estuvo tejiéndose la más extraña, caótica red de fuego. Rugían en todas direcciones las lanzaderas de plomo. Cada estampido plasmaba un fugaz manchón violáceo. De vez en cuando, sobre el fragor de las armas, percibíase un alarido.

Poco a poco, el estruendo fue amainando, los fogonazos se extinguieron. Empezó de nuevo el deslizamiento sordo. Los hombres de Lake se desplegaron formando pequeños arcos, que pronto quedaron empalmados formando un ancho círculo.

El propósito era coger dentro de la circunferencia a parte del enemigo. El grueso de los atacantes era evidente que se había retirado, desconcertados por la forma con que se habían visto repelidos.

Jerry dio orden de ir cerrando el círculo. Lo hicieron en el mayor silencio, orientándose por los débiles quejidos que se oían entre las matas.

Yendo a rastras, Lake tropezó con un cuerpo semidesnudo, todavía caliente. Le puso las manos sobre el pecho y al momento quedaron mojadas de sangre. Hacía unos segundos que había expirado.

Jerry prosiguió, dirigiéndose a la zona en que se percibían los gemidos. Llegó junto al que los emitía comprobando que se trataba de un enemigo. Lo primero que hizo Jerry fue sujetarle las manos, antes de que el herido percibiese que eran los británicos quienes se le habían acercado.

Poco a poco, los soldados fueron quedando reunidos en un mismo punto. Solo a dos enemigos con vida habían encontrado. Los dos quedaron maniatados. Lake conocía de sobra que en su fanatismo, aprovecharían el menor descuido y el resto de sus fuerzas para matarse, por temor a que su debilidad les traicionase, facilitando informes al odioso blanco.

Habían encontrado varios cadáveres, pero solo un fusil. Esto no sorprendió a Jerry. Conocía la manera de guerrear del kikuyu. Lo difícil que era que el pánico lo atolondrase hasta el extremo de retirar sin llevarse lo que era más esencial que la vida de los propios compañeros: las armas.

Uno de los soldados avanzó y apagó los faros del coche, que todavía

seguían encendidos. Poco a poco y por distintos puntos, los británicos volvieron a la parte alta del promontorio. Habían sufrido tres bajas. Una era de bastante gravedad.

En una de las barracas procedieron inmediatamente a la cura. Aquí las altas crestas de las rocas les permitían encender luz sin peligro. En cada barraca quedó encendida una lámpara de petróleo.

Los primeros heridos transportados a la cima fueron los británicos. Se hallaba Jerry presenciando cómo sus subalternos efectuaban la cura de urgencia, cuando un soldado entró en la barraca, con gesto de espanto:

—¡Capitán!

—¿Qué ocurre?

Por la actitud del recién llegado, diríase que acababa de descubrir que la posición se hallaba cercada por millares de enemigos.

—¡Algo horrible, mi capitán!

Lo dijo casi sin voz, invitándole con el ademán a que le acompañara. Jerry le siguió. Cruzaron la plazoleta en dirección a donde se veía una luz dentro de una barraca.

Apenas Jerry asomó por la puerta, el grupo de soldados que había dentro se disgregó, dejando despejado el centro de la choza, que era lo que con mayor potencia iluminaba la lámpara.

Sobre dos literas de palma se veían dos negros con las manos atadas. Eran los dos prisioneros. Los dos tenían el pecho perforado por bala.

Pero lo que al soldado le había producido espanto se hallaba en el rostro de los heridos. Uno tenía el labio inferior colgando, desgarrado de forma que el maxilar quedaba al descubierto. El otro tenía la cara deformada por heridas hechas seguramente con el canto de una piedra.

Jerry dedujo enseguida que ellos mismos se habían producido aquellas deformaciones. Esto quedó comprobado más tarde, cuando amaneció. Todos los cadáveres presentaban una faz horriblemente desfigurada. En la mayoría se veía claramente que las heridas estaban hechas a cuchillo, como si en el momento de la retirada alguien no hubiese tenido más misión que ir borrando la configuración característica de aquellos rostros.

Por primera vez en toda la noche, Lake pareció afectado. Los soldados comprendieron enseguida que en aquel estado de ánimo de su jefe no intervenía para nada lo que de impresionante pudiera tener aquel espectáculo.

—¡No era tonto quien dirigía el ataque anoche! —exclamó con evidente malhumor—. Vio la maniobra y la encajó con eficacia.

El sargento Fromkess, un veterano de mucha más edad que Jerry, miró interrogativo a su capitán. No adivinaba en qué aquellas monstruosidades les pudieran perjudicar.

—El kikuyu se convierte en un ser mudo tan pronto cae prisionero —explicó Lake—. En este caso teníamos la ventaja de que aún los muertos

hablarían. Importaba saber de dónde proceden los que han intervenido en el ataque. Tengo casi la seguridad de que es personal de la granja de Kenta. Eso nos hubiera sido fácil comprobarlo. Los capataces hubieran atestiguado si estábamos en lo cierto. ¿Comprende ahora, Fromkess? Deformando a los que dejaban atrás han borrado en gran parte sus pisadas.

—Pero si nos dejamos caer en la granja —repuso el sargento—, quizá lleguemos a tiempo de encontrar huellas evidentes.

Jerry sonrió con triste ironía:

—¡Cómo se conoce que ha bregado poco con esta gente! El fanatismo del Japonés no es nada si se compara con el de estos conjurados. Se dejarían desollar antes que despegar los labios.

El día brotaba con toda la rapidez y fuerza del trópico. A muy corta distancia, la ancha franja del río fue al principio una rúbrica sangrienta, reflejando la rojiza luz del sol nuevo. Pronto se convirtió en una ruta de oro, para pasar enseguida el brillo blanco, hiriente de un afilado alfanje.

—Acomoden en dos coches a los heridos. Tres cuartas partes del grupo os trasladaréis a la granja de Kenta. Si el personal se mantiene en la actitud de ayer, limítense a permanecer a la perspectiva. Cuando yo vaya ya veremos lo que conviene hacer. De momento, su única misión allí debe consistir en que nadie salga de la granja. Yo procuraré acudir pronto. Solo pienso efectuar una rápida exploración a lo largo del río.

Salieron los dos blindados llevándose a los heridos, incluyendo a los dos negros. Jerry dejó a tres soldados guardando la posición, tal como dispuso la noche anterior. El blindado que quedaba hizo que lo ocupara el conductor y un ayudante y que se deslizara por la orilla del río, en tanto Lake y unos cuantos soldados se introducían en el bosque para efectuar una última exploración.

Todos sabían leer en las ramas tronchadas, en las hojas levemente aplastadas, en las lianas violentadas en su natural curvatura. Encontraron, además, muchos rastros de sangre.

Todos conducían al mismo punto: a un grupo de rocas que había bordeando el río. Jerry, que había ordenado al grupo de soldados que se esparciera siguiendo cada cual una huella, vio con desagrado que todos coincidían en el mismo sitio.

—El río les ha servido de puerta de escape —dijo, en tanto observaba las grandes manchas de sangre que destacaban sobre el gris de las rocas—. A algunos se los habrán llevado en embarcaciones. A otros se habrán limitado a hundirlos.

No se equivocaba. Cerca de donde ellos estaban, se veía el cuerpo de un negro, emergiendo, enredado en las matas que arañaban el agua.

Se precipitaron a cogerle. No les fue fácil sacarle porque en aquel sitio el margen tenía un corte vertical. Uniendo varios cintos consiguieron un cable lo suficiente largo para que un soldado, sujeto por la cintura, se

descolgase, cogiese al negro y debatiéndose denodadamente, consiguiese desprenderlo de las matas. Entones comprobó que algo tiraba con fuerza de aquel cuerpo inerte. El negro tenía las manos atadas, y al extremo de la cuerda debía haber alguna gruesa piedra. Sostenido por los de arriba, el soldado consiguió desatar al negro. Luego, dejándose llevar por la corriente, llegaron a un sitio donde la salida del río ya fue fácil.

El negro quedó tendido sobre la arena. Era muy joven. Apenas observarle Jerry, pareció intrigado.

—¿Os dais cuenta? Al fin creo que hemos encontrado lo que buscábamos.

No tenía el rostro deformado. Y examinado detenidamente, no le hallaron más herida que un corte en el hombro izquierdo, producido tal vez por el choque contra alguna roca.

Jerry lo auscultó. Enseguida, lanzando una exclamación de alegría, procedió a darle masajes y a procurarle la respiración artificial. Durante un buen rato estuvieron relevándose.

Y llegó por fin el momento anhelado. El negro empezó a dar señales de vida. Jerry, dando muestras de gran satisfacción, se dirigió a uno de sus soldados.

—¡Avisa al blindado que se acerque aquí lo más posible! ¡Nos vamos enseguida a la granja!

CAPÍTULO V

La primera sorpresa de Jerry al llegar a la granja «La Meseta Grande», fue encontrar allí a su propietario. Se deslizaba el coche por la avenida central cuando faltándole muy pocos metros para llegar a la escalinata que precedía la entrada del «bungalow», vio aparecer en la terraza a Namo Kenta.

Aún no se había repuesto de su asombro, cuando junto a la figura del africano vio aparecer la del inspector Barker.

Saltó del coche antes de que este se detuviera, y subió en dos zancadas la escalinata.

—¿Qué significa esto? ¿Tan interesante consideran esta «fiesta»? —preguntó, en tanto subía.

Se estrecharon las manos. A Jerry le sorprendió la efusividad de Kenta y el inspector. Y la atención con que ambos le observaban.

—Afortunadamente, la noticia ha sido incierta —dijo Barker.

—¿Qué noticia?

—A Nairobi nos llegó esta madrugada una trágica información: el aniquilamiento de usted y su grupo —siguió el inspector—. Hemos llegado aquí al mismo tiempo que los dos blindados que usted envió esta mañana.

—Mi gente les habrá dado cuenta ya de lo ocurrido.

—Sí. Hemos atendido a los heridos en todo lo que nos ha sido posible. Uno de los soldados está muy grave. No nos atrevemos a trasladarlo a la ciudad.

En tanto el inspector hablaba, Jerry recorría con la vista los pabellones situados a su izquierda, algo lejos del «bungalow».

—¿Sigue la gente concentrada allí? —preguntó.

—Sí. Al llegar nosotros manifestaron su deseo de volver al trabajo, pero no lo hemos consentido.

—Han hecho bien. Muchos de ellos lo único que desean es hallarse en condiciones de poder escapar en el caso de que las cosas se pusieran mal. Y presiento que eso va a suceder.

El inspector le miró con algo de escepticismo.

—Si es por la ayuda que piensa hallar en los dos prisioneros, debo participarle, capitán Lake, que tal como se encuentran, nadie aquí los reconoce.

—Eso ya me lo temía.

—Y en cuanto a hacerles hablar...

—¡No me crea tan ingenuo! —le interrumpió Jerry, rompiendo a reír—.

Creo que ya no voy a necesitar de esos dos prisioneros.

—¿Acaso ha hallado alguna pista de mayor interés?—preguntó el inspector.

No necesitó que Jerry le respondiera. Le bastó con seguir su mirada. En aquel momento, los soldados bajaban del blindado al joven negro sacado del río.

Lake indicó con un movimiento de cabeza que lo trasladaran al interior del «bungalow». Kenta, el inspector y Lake se apartaron para dejar paso al grupo. Una vez estos estuvieron en el interior de la casa, Barker y el africano miraron interrogativos a Jerry.

—Apenas está herido.

Refirió cómo lo habían encontrado. Así que terminó, interrogó a sus amigos.

—¿Qué suponen?

—Está bien claro —respondió Barker—. Un represaliado…

—Otro Louis Disenghor —manifestó sordamente Namo Kenta.

Esta alusión suscitó en Jerry el recuerdo del asesinato en casa de Kenta. Apenas hacía cuarenta y ocho horas que había ocurrido y ya le parecía un suceso situado a largos años de distancia.

—¿Han puesto algo en claro?

—Sabemos que dos criados ayudaron a entrar y salir de la biblioteca a ciertos individuos «no invitados» —manifestó el policía—. No sé si a estas horas mis compañeros habrán tenido más suerte que yo y habrán conseguido arrancarles los nombres.

—Aunque los quemen vivos —replicó Jerry—. Si tuviéramos tiempo, deberíamos detenernos a pensar en el fanatismo de esta gente.

Refirió el impresionante espectáculo que ofrecían los muertos kikuyus, deformados por sus compañeros.

—Durante algunas semanas, en mi papel de «blanco renegado», he estado haciendo manifestaciones contra los colonos. Pero debo confesar ahora que muchas cosas dichas entonces no eran pura farsa Creo que una vez sofocada la hoguera, debemos buscar en las brasas y ver si contienen algo digno de estudio.

—Estoy con usted, capitán Lake —dijo Kenta, en actitud grave.

—Pues le tomo la palabra. Porque hombres como usted, hijos del país y de conducta intachable, van a ser de inapreciable valor para la tarea renovadora que debe emprenderse tan pronto la revuelta quede apaciguada.

Pasaron al interior de la casa. En el vestíbulo, sobre una estera, estaba tendido el joven negro. En el momento de entrar Jerry, dos capataces de la finca, dos blancos, exclamaban mirando al negro:

—¡Es Gucky!

Se volvieron a mirar a Kenta. Este, al oír el nombre, se dirigió hacia

ellos con gran ansiedad. Se paró a los pies del joven y quedó observándole en silencio.

Jerry y Barker no parecieron menos ansiosos que Kenta.

—¿Es un obrero de aquí? —preguntó Lake.

—Sí —respondió uno de los capataces—. Nuestro correo con el patrón. Hacía ya tres días que no aparecía por aquí.

Kenta les miró extrañado:

—¿Y cómo no avisaron?

—En realidad, ayer fue cuando empezamos a extrañarnos. Nada tenía de particular que Gucky estuviese dos días ausente. Eso era muy corriente en él. Según nos manifestaba, ustedes le retenían en la ciudad, efectuando, encargos.

—¡Absurdo! —exclamó el africano—. No recuerdo haberle encargado más trabajo que traer las indicaciones pertinentes a la labor a realizar en la granja. Cae por su peso que para el trabajo de la ciudad sobraba gente en mi casa para realizarlo.

Todos se quedaron mirando a Gucky. Este había abierto los ojos y clavaba una mirada turbia en Kenta. Era muy joven, casi un muchacho. Su rostro, de facciones correctas, tenía en aquellos momentos una expresión de honda amargura. Sus gruesos labios temblaban, como pronunciando un rezo que no llegara a sonar.

Namo Kenta y Jerry, los dos al mismo tiempo, cada uno por un lado, se acercaron a la cabecera y se inclinaron.

—Patrón, yo ayudaba… a Disenghor…

Apenas se percibía la voz de Gucky. No obstante, a Jerry se le antojó como una explosión. Se estremeció. Diríase que de pronto hubiesen abierto delante de él un cofre conteniendo un fabuloso tesoro.

Un tesoro sostenido por un débil cable, pronto a romperse y a dejar que aquella maravilla desapareciera en un insondable océano. Gucky parecía tan débil, que Lake tembló ante la idea de que aquella vida se apagara.

—¡No hables, muchacho! Si algo tienes que comunicarle a tu patrón, te sobrará tiempo de hacerlo.

Dirigió a Barker y a Kenta una mirada significativa. Importaba conservar a toda costa la vida de aquel muchacho. Todo hacía suponer que el «Mau-Mau» había intentado exterminarle, quizá por estar él también comprometido en la secreta organización y no actuar a gusto de los cabecillas. Había trabajado con Disenghor. Este había sido eliminado. Indudablemente, Gucky podía aportar detalles decisivos para esclarecer ese asesinato.

Inmediatamente, Gucky fue trasladado a una de las habitaciones situadas más al interior de la finca. Kenta y los dos capataces se encargaron de este trabajo.

Jerry y Barker se quedaron en el vestíbulo, con la intención de cambiar

impresiones.

—¿Y sabiendo lo que ocurría se han atrevido a venir ustedes sin escolta? —preguntó Lake.

—No. Salimos de Nairobi agregados a una caravana de policía que iba destacada a un sector próximo. Ya cerca nos hemos encontrado con los dos blindados. Al informarnos que la acción en las cataratas había terminado de manera tan satisfactoria, la policía siguió a su destino, llevando mi encargo de que tan pronto lleguen al primer puesto de radio, informen detalladamente a la jefatura de cuanto aquí ha ocurrido y pueda ocurrir todavía.

—Espero que a estas horas sepa ya el coronel Whitney que he llegado demasiado tarde para el principal objetivo que se me había señalado.

—¿Cuál?

—El depósito de armas. Ignoro qué clase de pesquisas se realizaron desde que les di el informe acerca de él. Seguramente enseñaron las orejas y el «Mau-Mau» trasladó el depósito. Y para mayor ironía, apenas llegar yo a las cataratas me subrayan con la acción que sí, que las armas se encuentran en esta zona.

Hubo una pausa. Los dos quedaron pensativos. El inspector rompió el silencio, preguntando:

—¿Tiene usted ya alguna suposición formada acerca del sitio a que haya podido replegarse esa gente? No quiero ocultarle que me sorprende la tranquilidad con que usted se está desenvolviendo.

—¿Tranquilidad? —inquirió Jerry, soltando la carcajada—. ¿Es que querría usted verme desesperado?

—No precisamente así. Pero por lo menos, pareciendo más preocupado por lo que deja atrás.

—No le entiendo, Barker.

—Es bien sencillo. Aún no hace cuarenta y ocho horas era usted el escándalo de la colonia. Con la mayor naturalidad efectúa usted la transición. Vuelve a ser el prestigioso, soldado que todos conocíamos, toma parte en un asunto que a estas horas constituye la obsesión no ya solo de Nairobi ni de Kenya, sino que a buen seguro las redacciones de los periódicos en Londres en estos momentos se encuentran con la atención enfocada a este punto y usted, eje de la cuestión, apenas si tiene alterado el pulso.

—¡Nada, no le dé más vueltas, Barker! Que me quiere usted ver en actitud melodramática. Pues siento no poder complacerle. Me preocupa este asunto y mucho, pero si mis nervios no dan señales de alteración se debe a la terrible prueba porque acabo de pasar. Ahora no corro más riesgo que el que alguna bala me alcance. Nada de esto se puede comparar a los insultos, a los sarcasmos de mis compatriotas. Le confieso, amigo Barker, que he tenido momentos en que he estado en un tris de echarlo

todo a rodar.

Y haciendo como quien cambia de tema, pero en realidad siguiendo el mismo encadenamiento de ideas, preguntó:

—¿Y los Fellini? ¿Se han marchado?

—Por desgracia, no —respondió una voz juvenil, de sorprendente sonoridad.

Jerry se volvió. Centrada en el marco de la puerta que conducía a las habitaciones interiores, vio a Neida Fellini. Por su actitud comprendíase enseguida que no era en ese momento cuando había aparecido, sino que estaba allí desde mucho antes esperando la ocasión para señalar su presencia.

—¡Hola, «bambina»! —exclamó Jerry.

Inmediatamente, en tono humorístico, agregó:

—Espero que ahora sí que consentirás que te llame así.

La muchacha hizo un gesto de indiferencia. Diríase que la nueva personalidad de Jerry no le había afectado lo más mínimo.

—Cuando usted pueda, capitán. Mi padre quiere hablarle.

Lake pareció extrañado por la frialdad de la joven. Ahora le chocaba a él la naturalidad que momentos antes le había señalado el inspector Barker.

—¡Enseguida pasaré a verle! ¿Cómo se encuentra?

—Dentro de lo que cabe, bastante bien.

—¿Cómo ocurrió?

La pregunta no fue nada del agrado de la muchacha, eso pudo verlo Jerry con toda claridad, sin necesidad de oír la respuesta.

—«Babbo» le hablará de ello.

El británico no pudo contenerse:

—¿Qué te sucede, pequeña?

Los esplendorosos ojos de Neida Fellini miraron sin miedo los de Jerry.

—¿Por qué lo dice, capitán Lake?

El tono grave que empleó volvió a desconcertar al británico. Intentó disfrazarlo, echándolo a broma.

—¿Sabes, Neida? Me da la sensación de que han pasado muchos años desde la última vez que nos vimos. Ya no eres la muchacha que yo conocía.

—Eso es más verdad de lo que usted se figura, capitán.

—Pues no sé si celebrarlo.

La joven no contestó. Se volvió en dirección al corredor, dando por terminado aquel embarazoso diálogo.

—Dile a «babbo» que paso enseguida a verle —manifestó Jerry, en actitud pensativa. Y dirigiéndose al inspector, añadió—: Acompáñeme, Barker. Quiero informarme de cómo está la situación ahí fuera.

—Menos mal —repuso el policía.

—¿Por qué?

—Creí que iba a ocuparse de ello en último lugar. Y desde que llegamos, esa gente ha constituido nuestra preocupación.

—Y han hecho ustedes bien. Esos pabellones son un polvorín que puede estallar en el momento más inesperado.

—¿Ah, sí? —inquirió con sorna Barker—. Pues a esto es a lo que me refería antes al hablar de su desconcertante tranquilidad.

—De momento, he hecho cuanto debía hacer. He mandado refuerzos con la orden de que permanezcan a la expectativa. Ustedes no les han autorizado a salir al trabajo y la medida me parece acertada. Ahora lo que hay que hacer es no alarmarles hasta el extremo de que se sientan acorralados. Nos sería fácil entrar en los pabellones, incluso exterminarles. Pero no creo que usted opine que eso es lo oportuno.

—¡De ningún modo! ¡Pobres de nosotros si abusáramos de nuestra fuerza! La Prensa de todo el mundo se despacharía a su gusto.

—Personalmente me preocupa poco lo que los demás opinen de mí. Pero me hago cargo de que no es mi crédito el que se juega en esta partida. Hay algo de mayor trascendencia. Está en juego el buen nombre de Inglaterra y lo que de humano pueda haber en esta feroz revuelta.

Salieron a la terraza. Acordonando el «bungalow» veíanse a unos cuantos soldados. Cerca de los pabellones había otros tantos. Al aparecer Jerry, el sargento Fromkess fue apresuradamente a su encuentro.

—¡Mi capitán! Perdone que no me haya presentado antes. He estado ocupado en uno de los pabellones.

—¿Qué ocurre, Fromkess?

—Creo que el personal esconde a algunos heridos. He hallado rastros de sangre.

Jerry sonrió.

—No fuerce la tuerca, sargento. Las cosas se irán resolviendo por sí mismas. Tal como estaba diciéndole al inspector, lo que interesa es que el personal se mantenga concentrado en los pabellones. ¡Naturalmente que esconden heridos, y algo todavía más importante: armas!

Fromkess y Barker le miraron indecisos.

—¿Cree usted? —inquirió el policía.

—Conozco la manera de reaccionar de esta gente. Son audaces, han llegado a captar la técnica del blanco, pero en el fondo siguen tan infantiles como cuando vivían en la selva. Anoche nos atacaron con el propósito de eliminarnos. Si lo hubieran conseguido, habrían vuelto a enterrar las armas en el sitio en que se encontraban antes. Precisamente en el sector de las cataratas. Al fracasar, no han sabido hacer más que borrar huellas y replegarse al punto de partida. Existen varias razones para creer que ese punto de partida es esta granja. No hay en todo el distrito una hacienda mayor que esta, y por ende, una concentración de personas más

nutrida. Namo Kenta, tendiendo a la colaboración con el europeo, se ha convertido en el objetivo primordial para los kikuyus. Inspector Barker, ha sido una imprudencia que usted autorizara a Kenta a salir de la ciudad, pero ya una vez aquí, veremos de sacarle partido a la situación.

Jerry se quedó mirando en dirección a los pabellones. A nadie se veía en las puertas. Las construcciones, de forma alargada y tejado puntiagudo, semejaban gigantescas colmenas vacías o entregadas al descanso.

—Sargento, con la mayor discreción haga que el personal establezca defensas convenientes, cercando a los pabellones. Interesa que los que se encuentran dentro de las barracas no perciban la maniobra. Cuando todo esté dispuesto será el momento de efectuar una inspección en el interior de los pabellones.

—¿Puedo disponer del personal recién llegado? —preguntó el sargento indicando al blindado, donde aún estaban los soldados que habían acompañado a Jerry.

—Desde luego. Y puede disminuir la vigilancia en torno al «bungalow». Toda nuestra atención debe concentrarse en torno a los pabellones. Confío en usted, Fromkess.

—Sus órdenes serán cumplidas, capitán.

El sargento se marchó. Jerry se volvió en dirección a la casa.

—Vamos a ver ahí dentro. ¿Me acompaña, Barker?

—Espere un momento. Supongo que va a hablar con el italiano.

—Efectivamente.

—Debo advertirle que todo cuando él le diga acerca de cómo fue herido es pura invención. Asegura que ya cerca de la granja, los disparos de unos desconocidos…

—Sé algo de eso, Barker.

—¿Supone quién le ha herido?

—Posiblemente el chofer de Kenta o su ayudante, al oponerse los Fellini a proseguir el viaje.

El inspector miró irónicamente a Jerry.

—¿No supone nada más? Fíjese en que los Fellini son simplemente unos turistas, insignificante objetivo para los terroristas.

—Son blancos y eso es suficiente para que los conjurados del «Mau-Mau» deseen exterminarles.

Con aquella respuesta, Jerry parecía dispuesto a dar por terminada la conversación y a meterse en la casa, pero el inspector le cogió de un brazo.

—Hay algo más, Lake —balbució el policía.

La forma embarazosa con que lo dijo, hizo efecto en Jerry.

—¿Qué sucede?

Se dio cuenta enseguida de que algo muy importante o muy extraño iba a revelarle el inspector. Este dirigió una mirada inquieta al interior de la casa. Con el gesto indicó que debían apartarse de la puerta, para poder

hablar con mayor libertad.

Jerry obedeció, sintiéndose poseído de enorme impaciencia.

—¿Qué es ello?

—Hace un momento ha calificado usted de imprudencia el haber autorizado que Kenta saliese de la ciudad.

—Y estoy seguro de que usted también lo reconoce así, dadas las actuales circunstancias.

—Es cierto. Pero las noticias que nos llegaron del descalabro sufrido por usted y su gente nos empujaron a venir. Esas noticias y algo inesperado, Lake. En el momento en que se nos dio a conocer el desastre, nos hallábamos reunidos Kenta, yo y... Lizabeth.

—¿En casa de Kenta?

El policía asintió.

—¿Y qué hacía ella allí?

—Kenta la había llamado para ofrecerle una espléndida retribución... en nombre de usted.

—Es verdad.

—Entonces ocurrió lo inesperado —dijo en voz muy baja el inspector—. Y fue debido a ello por lo que decidimos Kenta y yo trasladarnos aquí... junto con Lizabeth.

—¿Qué? ¿Quiere usted decir que Lizabeth vino con ustedes?

—Exactamente.

—¿Y se encuentra aquí?

—En una de las habitaciones interiores... rigurosamente incomunicada.

—¿Por qué?

—Al llegar hemos sostenido un pequeño diálogo con los Fellini. Y las manifestaciones de Lizabeth, que en la ciudad nos parecieron inconcebibles... aquí están resultando bastante aceptables.

Fue tal la cantidad de ideas que se agolpó en la imaginación de Jerry. Eran unas de otras tan distintas, tan contradictorias, que por unos momentos percibió la sensación de que se hundía en uno de los pavorosos barrizales de la selva.

—¡Hable de una vez, Barker! ¿Qué es lo que ocurre?

El inspector quedó unos instantes pensativo. Miró hacia los pabellones. Allá se veían los soldados yendo de un lado a otro, con apariencia distraída, pero estando ya sobre aviso se notaba que todos sus movimientos tendían a replegarse tras unas improvisadas defensas situadas algo distantes de los pabellones.

—¿Considera usted que eso se desenvuelve tal como usted deseaba? —preguntó el inspector.

—¿El qué?

—Los dispositivos en torno a los pabellones.

—Desde luego.

—¿Podrá, pues, dedicarnos un rato? Interesaría que usted mismo interrogara a Lizabeth.

—No estoy deseando otra cosa.

—Le advierto que tal vez encuentre a una mujer distinta de la que conoció hasta ahora.

Entraron en la casa. En el corredor se encontraron con Neida, quien, pese a los esfuerzos que hacía por disimularlo, parecía muy agitada.

—¿Va a ver a «babbo»? —preguntó, sin mirar a Jerry.

—Sí —respondió maquinalmente el británico, obsesionado por algo que acababa de apuntar en su imaginación.

En ese momento se abrió una puerta y apareció Kenta. Dirigiéndose al inspector y a Lake, les hizo seña de que pasaran a aquella habitación. Ambos obedecieron.

En aquella estancia veíase sobre un lecho a Gucky. Parecía muy animado. Los dos capataces se hallaban a un lado de la cama, de pie, y a un gesto del patrón salieron del cuarto cerrando la puerta tras de sí.

—Gucky quiere hablarnos —empezó Kenta—. Y a usted, capitán Lake, le quiere dar las gracias.

—¿De qué? —inquirió con intencionada ignorancia el británico.

—Le debo la vida, capitán —murmuró, emocionado, el joven negro.

—Pero ¿es que no tenías intención de morir? —siguió Jerry en el mismo tono de ingenuidad.



—Pero, ¿es que no tenías intención de morir?

El muchacho no contestó.

—Todos los conjurados al dejar de cumplir su juramento saben que firman su sentencia de muerte. ¿No es cierto, Gucky?

El muchacho clavó en Jerry una mirada febril.

—Ni tú ni Disenghor lo ignorabais —prosiguió Lake—. Los blancos ya

hace tiempo que teníamos sospechas de que Disenghor pertenecía al «Mau-Mau». Quizá el único hombre que no recelaba nada era vuestro patrón... precisamente quien más peligro corría.

Se volvió a mirar a Kenta.

—¿Verdad que usted no hubiera creído nunca que Disenghor, o Gucky, atentasen contra su vida?

El muchacho se revolvió en el lecho.

—¡Patrón! —exclamó, casi en un gemido—. ¡Louis no quiso matarle! ¡Ni yo tampoco!

—¿Quién colocó las arañas en el lecho? —inquirió Barker.

—¡Dulipo! —dijo Gucky, sin vacilar.

Era uno de los criados detenidos por Barker. El inspector, al oírlo, soltó un gruñido.

—Pero las arañas estaban muertas —apuntó Jerry.

—Las mató Disenghor —repuso el muchacho—. No quería que atentasen contra el patrón. Prefirió morir él. Y yo...

Se produjo un silencio. Kenta tenía los ojos brillantes. Miró a Jerry y a Barker sin verlos.

—¿Por qué, si querían acabar contigo, no lo hicieron empleando el mismo método que con Disenghor? —preguntó Lake.

—Porque me cogieron en los últimos momentos, en los peñascos de las cataratas.

—¿Qué hacías tú allí?

—Quería llegar hasta ustedes. Avisarles el peligro.

—Luego sabías lo que iba a suceder. ¿Podrás decirnos entonces qué gente ha intervenido?

Jerry, Barker y Kenta, clavaron una mirada ansiosa en el muchacho. El brillo de lágrimas que había en los ojos de Namo se secó repentinamente.

Gucky prendió su mirada en la de Kenta. En su rostro se reflejó un gesto de honda amargura.

—Todo es gente de casa, patrón —murmuró.

En aquel momento dieron fuertes golpes en la puerta. Barker fue a abrir.

Aparecieron los dos capataces que salieron momentos antes. Los dos daban muestras de gran alteración.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kenta.

Pero al responder, los capataces se volvieron a donde estaba el policía:

—¡Inspector! ¡Lizabeth se ha escapado!

—¿Qué?

Barker dio un salto en dirección al pasillo. Lo que agregó el otro capataz lo dejó inmovilizado:

—¡Ha ido a refugiarse en los pabellones!

CAPÍTULO VI

En los pabellones había distintos departamentos, algunos de los cuales eran ocupados por familias completas. Eran estos los pabellones centrales.

Los británicos suponían que los conjurados más temibles se habrían concentrado en los pabellones enclavados a ambos extremos y sobre ellos concentraban su vigilancia más atenta.

—Lizabeth se habrá metido en algún pabellón ocupado por las mujeres y niños —opinó Barker, transcurrido el primer momento de sorpresa.

—Aunque así sea, ¿qué se le puede haber perdido a ella entre esos negros? —preguntó Jerry, en el colmo de la estupefacción.

—¿Acaso no es estar entre ellos a lo que la tiene usted acostumbrada? —replicó con sarcasmo una voz juvenil.

Lake se volvió y vio ante sí a Neida. Esta le miraba con ojos relampagueantes.

—No entiendo lo que quieres decir —repuso Jerry, en plena confusión.

La joven italiana soltó una risa convulsa.

—¡Capitán Lake! Ya no se me antoja usted un hombre torpe. Es simplemente un bárbaro.

—Puede que estés en lo cierto, pero nada de ello explica cuanto aquí ocurre.

—¡Hable con «babbo»! Se lo estoy pidiendo desde que ha venido.

—¿No crees que en este momento hay algo más urgente que hacer? Tengo que aclarar por qué esa muchacha ha preferido la compañía de los negros a la nuestra, en momentos tan críticos como estos.

—¡Pero será posible que usted no lo vea!

Y Neida se quedó escrutándole, con ojos inexorables.

—¡Salga en busca de esa mujer! —exclamó, con voz ronca—. ¡Convénzala de la verdad!

—¿Qué verdad?

—La que se refiere a usted y a mí. Usted la ha apartado de su lado en el momento en que llegué a Nairobi. Ella no cree que nada he tenido que ver yo en eso. ¡Convénzala, capitán Lake! ¡No haga que me sienta culpable del sacrificio de esa mujer!

Todo contribuía a aumentar la confusión de Jerry. Lo inesperado de aquella revelación, el tono dramático con que fue hecha… Y lo que todavía era más decisivo: Lake entreveía aquella absurda, inconcebible situación en el preciso instante en que afuera sonaban los primeros disparos.

No tuvo tiempo de contestar a Neida. Como buen soldado, todo cuanto

de una forma directa pudiera afectarle, quedó relegado a último término. Instantáneamente, quedó convertido en otro hombre.

Con un gesto indicó a la muchacha que se retirara a la habitación en que se encontraba su padre. La joven, súbitamente trémula y muy pálida, obedeció sin replicar.

Lake se dirigió hacia la puerta de salida, seguido de Barker, Kenta y los dos capataces. En unos segundos se hizo cargo de la situación.

Disparaban desde los pabellones situados a ambos extremos. Los soldados británicos, situados tras las defensas, se mantenían sin contestar el fuego enemigo.

El sargento Fromkess, al percibir a su jefe en la terraza, hizo ademán de salir del parapeto en que se hallaba apostado, pero Jerry le indicó por señas que se mantuviera allí.

—Está ocurriendo lo que me temía —dijo—. Los complicados han perdido los nervios y enseñan las orejas sin necesidad de que nosotros vayamos a descubrírselas. Tanto mejor. Ustedes manténganse en el interior de la casa. ¿Disponen de armas?

—Sí —respondió Kenta.

—Permanezcan preparados para el caso de que ellos intentaran alejarse de aquí y nosotros tuviéramos necesidad de salir en su busca. No disparen en tanto no exista primordial necesidad.

Inclinando el busto, bajó la escalinata y echó a correr, en zigzag, hacia el sitio en que esperaba el sargento. Aumentó el tronido de las armas, pero Jerry se dio cuenta de que ningún plomo silbaba sobre él.

De un salto, se metió en el parapeto de Fromkess.

—¿Por qué disparan? ¿Qué ha ocurrido?

—Suponemos que es debido a que dos de nuestros centinelas se han opuesto a que un grupo de negros saliera de los pabellones.

—¿Con qué fin querían salir?

—Para hablar con el patrón.

—¿Ah, sí? Y ante la negativa promueven esta alharaca. No está mal. Creo que ha llegado el momento de hacerles ver que nosotros también sabemos producir ruido. Elija a cuatro hombres decididos. Vamos a acercarnos.

Inmediatamente, uno de los coches blindados quedó enfilado en dirección a uno de los pabellones situado a la izquierda, que era de donde surgía el tiroteo. Cuatro soldados británicos y el capitán Lake se situaron tras de él y empujándolo, fueron aproximándose.

Se detuvieron a muy corta distancia. Los cuatro soldados disponían de fusil ametrallador. A una seña de Jerry, los cuatro mantuvieron dispuestas sus armas.

Lake desenfundó su pistola y se la pasó a la mano izquierda. Desde la madrugada, la herida en el antebrazo le estaba molestando de manera

insoportable y ya sentía todo el brazo como sumido en una hoguera.

Se volvió hacia los parapetos y a una señal suya, gran cantidad de armas empezaron a disparar en rotunda réplica al fuego intermitente que se hacía desde uno de los pabellones.

Las armas enemigas enmudecieron de repente. Jerry volvió a hacer otra seña y los disparos de sus subordinados buscaron una trayectoria más alta. Dejaron de chascar plomos contra la base del pabellón. Enormes desgarrones se habían producido en la pared de madera.

Los disparos británicos se concentraban en la techumbre. Crepitaba la barraca, como si dentro de ella anidase un fuego devastador e invisible.

—¡Ahora! —indicó Jerry.

Él fue el primero en salir de detrás del blindado. Lanzóse a todo correr hacia la puerta del pabellón, que se hallaba entreabierta. Se metió en ella sin detenerse a mirar si sus subalternos le seguían.

Apenas dio un paso en el interior, la puerta se cerró y un formidable estruendo despertó dentro de la barraca, como celebrando su entrada.

En aquella estancia reinaba un impresionante caos. Camastros, jergones, sillas y mesas camilla yacían amontonados a lo largo de la pared que enfrentaba con el «bungalow».

La mayor parte de los seres que había en el pabellón apenas si se volvieron a mirar a Jerry. Permanecían entregados a la tarea de disparar hacia fuera.

De un momento a otro parecía que el techo iba a desplomarse. Aquí y allá caían enormes astillas, se abrían anchos boquetes por los que se volcaba un chorro de sol.

Jerry vio en un ángulo de la nave a un grupo de mujeres negras con sus niños, apelotonados en un ademán de pánico. Lake mantenía la pistola horizontal, pronta a disparar, pero se contuvo en hacerlo. Inmediatamente se vio rodeado de negros, en actitud de saltar sobre él.

—¡Jerry! ¡Suelta ese artefacto y ven aquí conmigo!

Lo decía Lizabeth, con una entonación que Lake conocía demasiado. Miró en la dirección en que sonó la voz y halló a la joven sentada sobre un jergón doblado. Delante, sobre una caja de madera, tenía una botella de *whisky*. Su rubia cabellera la tenía esparcida sobre los hombros.

Junto a donde se hallaba sentada la muchacha, había un pequeñuelo negro que se agarraba a la cintura de Lizabeth y hundía la cabeza en su regazo, atemorizado.

Jerry decidió enfundar su pistola, pero no tuvo tiempo porque antes se la arrebataron de las manos.

—Está bien —dijo, humorístico—. En vuestras manos estará mejor. Yo no pensaba utilizarla.

—¿De veras? —inquirió un negro joven, que llevaba uniforme de chofer.

Al reparar en ello, Jerry hizo un gesto de gran satisfacción.

—¿Por casualidad, fuiste tú quien trajo aquí a los Fellini?

Lizabeth se levantó de un salto.

—¡Sabía que sería esto lo primero que preguntarías! ¿Qué es lo que quieres, Jerry?

En los ojos de la muchacha había un fuerte brillo de embriaguez acrecentado por una inopinada cólera. Lake la miró conmiserativo. Iba a hablar, pero antes hizo un gesto de desagrado ante el formidable estruendo que reinaba en torno.

Recordó entonces los cuatro soldados que debían seguirle. Tal vez no hubiesen podido llegar hasta la puerta o quizá se habían deslizado pegados al pabellón, para apostarse en una zona menos batida.

De todas formas, lo que Jerry quería ahora era que aquel petardeo se interrumpiera.

—Vamos a procurar entendernos —dijo, con impresionante serenidad—. ¿Interrumpimos por unos minutos este ruido?

—¿Para qué? —inquirió el chofer, apuñalándole con la mirada.

—¡Diablo! ¡Está bien claro! Para ver de hallar una solución. Creo que lo más conveniente para vosotros es que establezcamos una tregua. Decididlo pronto. De un instante a otro, mi gente puede proceder al asalto y entonces ya no habría remedio.

Indicó con el gesto al grupo de mujeres y niños que había en un ángulo del pabellón.

—Hace rato que ese asalto se hubiera producido a no ser por esos inocentes. En esta ocasión me habéis defraudado. Hasta hoy los kikuyus no solían ampararse con mujeres y niños.

—¡Y tampoco ahora! —gritó el joven negro—. ¡Dejadnos salir!

—¡Soberbia petición! —exclamó Jerry—. ¿No creéis que antes deberíamos discutirlo?

—¡Nada hay que discutir! —gritó Lizabeth, fuera de sí—. ¡Los dejaréis salir!

Se colocó delante de Jerry. Tenía el rostro congestionado, la boca algo torcida. Acercó su cara a la de Lake y este percibió una fuerte tufarada de *whisky*. El británico hizo una leve mueca, que la joven percibió enseguida.

—Mi aliento apesta, ¿no es eso? ¡Y te molesta! ¡Se ha vuelto muy fino tu olfato en las últimas horas! ¡Di que te doy asco, Jerry! ¡Estoy deseando oírtelo!

Lake la miró, apenado:

—¿Por qué haces esto, Lizabeth? ¿Qué te ocurre?

Dos ráfagas de fusil ametrallador puntearon una parte del pabellón, precisamente donde se hallaba el grupo de mujeres y niños. Sonaron algunos gritos, el apelotonado grupo se removió, agachándose más, buscando incrustarse en el suelo.

—¡Enarbolad bandera blanca! —gritó Jerry—. ¡Dejad de disparar!

—¡No lo conseguirás! —vociferó Lizabeth—. ¡Shesmy! ¡No le hagas caso!

Se dirigía al negro joven, que llevaba uniforme de chofer.

—Pero ¿te has vuelto loca, Lizabeth? Disponemos de más armas que esta gente.

Jerry ya se había dado cuenta de qué forma disparaban los de fuera. Hasta este momento se habían limitado a un mero tanteo, para atemorizar a los del interior. Lake ya había convenido con el sargento la posibilidad de meterse en el pabellón para parlamentar con los revoltosos. Esperaba haber entrado con la mitad de sus acompañantes. Pero la rapidez con que los de dentro cerraron la puerta, le dio a entender que el enemigo ya tenía prevista esta posibilidad.

No le afectó en nada este contratiempo. Casi se alegraba de que hubiera ocurrido así. Encontrarse solo y desarmado entre los rebeldes quizá facilitaría la negociación.

—¡Cesad de disparar! —gritó Jerry, procurando que su voz se sobrepusiera al fragor de las armas—. ¡Aceptad una tregua! ¡Sé que algunos de vosotros queríais hablar con el patrón!

—¡Ya no! —le espetó Shesmy, el negro con uniforme de chofer.

Lake se convenció pronto de que todo intento de negociación sería inútil. Los que sostenían el fuego se hallaban ya en plena embriaguez de pólvora. Disparaban sin apuntar, sin más obsesión que mantener el tiroteo en la máxima intensidad. Ni siquiera se volvían a ver lo que sucedía detrás de ellos.

Al sonar las ráfagas contra el ángulo en que se hallaban replegadas las mujeres, dos de los negros que rodeaban a Jerry corrieron hacia aquel rincón, con propósito de apaciguar al grupo. Lake se dio cuenta de que todo iba a la desesperada. Estaba seguro de que tres cuartas partes de los allí reunidos estaban secundando la revuelta por coacción de una ínfima minoría. ¡Si pudiera librarles de esta influencia!

Era lo mismo que seguramente estaba ocurriendo en los otros pabellones. En ellos aún no se había roto la pasividad, en espera sin duda del resultado de esta primera refriega.

Puesto que ya era inútil intentar apaciguarles, Jerry decidió acelerar el final. Procurar que el asalto se efectuase cuanto antes, sin dar tiempo a que los otros pabellones salieran de su indecisión.

Nunca como en este momento lamentó tanto tener el brazo derecho imposibilitado. Ahora mismo se hubiera arrojado sobre el negro Shesmy, le hubiera rodeado la garganta con el brazo izquierdo y con la derecha le hubiera quitado la pistola que este le arrebató momentos antes. Parapetándose con el negro hubiera retrocedido hasta la puerta. Entonces…

Pero entonces las cosas hubieran tomado una derivación demasiado

desagradable, al menos para él. En el instante en que maquinaba este plan, en la puerta se producían dos formidables explosiones. Trozos de madera y esquirlas gruñeron en el aire.

En medio de una espesa humareda. Jerry advirtió a Lizabeth, tambaleante, como aturdida. Se lanzó sobre ella y en un supremo impulso ambos rodaron hacia el sitio en que momentos antes se hallaba sentada la muchacha. El pequeñuelo, oculto tras el jergón, rompió a llorar. Al otro extremo de la nave, las mujeres prorrumpieron en gritos. Como por arte de magia, repentinamente todas las armas callaron.

Durante unos segundos, dominó el estupor.

Rápidamente la humareda que se había producido en torno a la puerta empezó a desvanecerse. Pero ya habían tenido tiempo varios soldados británicos para meterse en el pabellón. Jerry se incorporó a medias para hacerse visible a sus subordinados, pero diríase que estos ya sabían dónde se hallaba, porque uno tras de otro fueron a colocarse cerca de él.

—¡Más granadas de humo! ¡Allá!

Indicó la parte donde suponía que se habían concentrado los más tenaces defensores. Dos granadas estallaron en aquel punto. Pronto una espesa nube de humo empezó a hincharse llenando todo el local.

Prorrumpieron las armas de nuevo. Disparos hechos a ciegas, como latigazos descargados sobre un matorral para hacer saltar a una fiera allí agazapada.

—¡Vamos, fuera! —ordenó Jerry, comprendiendo que el humo iba pronto a hacer callar las armas—. En el rincón en que se hallan las mujeres hay una puerta. Es seguro que ahora se decidirán a abrirla. Que se adelante uno para avisar a los nuestros que no disparen.

Uno de los soldados se hizo cargo del niño, Jerry decidió ser el último en salir. Pero al tocar en un brazo a Lizabeth, para que se dispusiera a ir a rastras a través de aquella irritante niebla, se dio cuenta de que se hallaba como muerta. Llamó a uno de sus soldados, pero estos ya debían de haber salido porque nadie acudió.

En tanto, proseguían los disparos. Algunos rebeldes habían, sin duda, ensanchado los boquetes que les servían de aspilleras, y por allí intentaban escapar o mantener la cabeza afuera, para librarse de la asfixia.

Cuando Jerry se inclinó para coger en volandas a Lizabeth, empezaba a sentir vahídos. Le costó trabajo encontrar la puerta. Al cruzarla, alguien tropezó con ellos. Salieron juntos.

La nube de humo cercaba la barraca formando un ancho cinturón. A medida que la franja se esclarecía. Jerry pudo distinguir quién iba a su lado. Era Shesmy. Lake le miró receloso, pero, se convenció enseguida que nada tenía que temer de él, de momento. El negro avanzaba tambaleándose, con ambas manos en la cara, procurando taponar un enorme boquete que tenía en la frente.

Así y todo. Jerry procuró despegarse de él. Con Lizabeth en brazos, encaminó los pasos en sentido transversal, en la dirección en que suponía se hallaba el «bungalow».

Apenas si de vez en cuando se oía un disparo. Lake vio avanzar hacia él a dos soldados, con la careta puesta. Se colgaron el fusil al hombro y se dispusieron a ayudarle.

—¡No! —les cortó Jerry—. ¡Entrad en el pabellón y comprobad si queda alguna mujer o niño!

Los soldados se apresuraron a obedecer, sumergiéndose en el borrón de humo. Jerry rebasó la zona de humo. A muy pocos metros, vio el «bungalow». No distinguió más. No vio quiénes estaban en la barraca, observando con gran ansiedad.

Una de las figuras que se hallaban en primer término, era Neida. A duras penas el inspector Barker había conseguido contenerla para que no saltara de la plataforma y fuera a perderse en el caos de humo.

Cuando la muchacha vio aparecer a Jerry, con Lizabeth en brazos, le pareció que el escenario cambiaba de repente. No había pabellones, ni aquel rotundo sol ni niebla de humo y gritos de angustia. En su lugar apareció la reluciente sala del palacio de Namo Kenta. Grupos de mujeres lujosamente ataviadas y hombros enfundados en severos fracs. Una multitud brillante formando un ancho círculo, adoptando una actitud de desprecio hacia una lamentable pareja que había en el centro: Jerry y Lizabeth. Ella en el suelo, en estado inconsciente y casi desnuda. Él, mirando con gesto grotesco a la mujer que tenía a los pies, haciendo aspavientos cómicos, pareciendo un niño defraudado ante el juguete roto en lo mejor del juego. Y enseguida lo vio inclinarse, coger a la muchacha y tambaleándose, cruzar el frío círculo. Exactamente igual como ahora los veía surgir de la cortina de humo.

La muchacha italiana lanzó un grito. Cuando Barker fue a darse cuenta, ella ya había saltado y corría hacia el encuentro de la pareja. Llegó en el momento en que Jerry, sintiendo su brazo derecho muerto, veía que el cuerpo de Lizabeth se le deslizaba. Se arrodilló, para amortiguar el golpe contra el suelo.

—¡Jerry! ¡Cuidado! —gritó Neida.

Lake apenas tuvo tiempo de hacer un esguince. Esto le hizo vacilar y cayó, junto con su carga. Percibió en una mejilla un manotazo de aire. Vio a Neida que forcejeaba con alguien. Enseguida, multitud de figuras que les rodeaban. Reconoció entre ellas la del inspector Barker.

No supo más. Quedó desvanecido en el instante en que Neida se inclinaba sobre ellos. La muchacha, al intentar coger a Lizabeth, manchó con la herida que tenía en su mano izquierda el busto de la joven rubia. Era un corte profundo producido por el cuchillo que yacía a sus pies. La soltó en el momento que vio a Barker y a los dos capataces agarrando a

Shesmy.
El joven negro había surgido del humo con una máscara de sangre. Apareció corriendo, en el instante en que la italiana llegaba junto a Jerry. Advirtió al británico al tiempo que, con un ademán instintivo, se agarraba a la larga hoja de acero que Shesmy acababa de agitar en el aire, fallando el primer golpe y disponiéndose a repetirlo.
Los capataces y el inspector cayeron entonces sobre él. El negro forcejeó unos momentos salpicando a sus aprehensores con la sangre que le manaba de la frente.
—¡Estate quieto, maldito! —masculló Barker, cerrando el puño y haciendo ademán de golpearle.
Shesmy mantenía la boca fuertemente cerrada. Los dos capataces le echaron los brazos atrás, retorciéndoselos, hasta dejarle inmovilizado. Barker, viéndole reducido, iba a prestar su atención al grupo que formaban Jerry, Lizabeth y Neida, cuando advirtió en el negro visajes desesperados. Lanzóse sobre él, agarrándole de la quijada. En ese momento, un escupitajo de sangre ensució la cara del policía.
Shesmy abrió la boca en una risa feroz. Un trozo sanguinolento se descolgó por los labios y empezó a deslizarse por la barbilla hasta que se desprendió y cayó al suelo. Barker retrocedió, horrorizado.
Enseguida, pasándose la mano por la cara, gritó, frenético:
—¡De nada te ha de valer! ¡Sé más de lo que tú pudieras decirme!
Y dirigiéndose a los capataces, añadió:
—¡Encerradle bien maniatado!
Estos se alejaron llevándose a Shesmy en dirección al «bungalow». Barker dirigió una última mirada al trozo sanguinolento que había quedado en el suelo. Era un trozo de lengua. Hizo un gesto de repugnancia y se volvió al grupo de Jerry.
En ese momento dos soldados acababan de incorporar a su capitán. Este se sostuvo de pie por sus propias fuerzas, aunque dando señales de hallarse muy aturdido. Instintivamente, se agarraba el brazo derecho, como si todo él estuviese convertido en una llaga.
Neida había pugnado inútilmente por levantar a Lizabeth, que todavía seguía en el suelo en estado inconsciente. Al levantarla los soldados, pudo verse bajo la cabellera una herida en el parietal izquierdo producida, sin duda, por alguna esquirla de la granada demoledora que los soldados emplearon para derribar la puerta.
—¡Síganme! —indicó Neida a los soldados.
Apresuradamente, subieron la escalinata del «bungalow» y desaparecieron en el interior.
El sentido de responsabilidad hizo a Jerry recobrarse enseguida. Todavía con la mirada turbia, fue observando a un lado y otro. En cada pabellón había un grupo de soldados. De cada barraca, en fila de a uno y

algo distanciados, iban saliendo negros. Veíanse mujeres, ancianos, niños... De vez en cuando, algún hombre joven. Se distinguía enseguida, porque este aparecía con los brazos en alto, conminado por la guardia.

El barracón donde había estado Jerry, se hallaba todavía envuelto en humo. Soldados con careta movíanse de un lado a otro, lanzábanse sobre siluetas vagas, las zarandeaban y enseguida las empujaban hacia la zona donde no llegaba el humo y donde se apelotonaba una multitud de indígenas bajo la vigilancia de dos británicos, armados de fusil ametrallador.

De pronto, del interior de la barraca comenzaron de nuevo a surgir disparos. Jerry fue al sitio donde se agrupaba la gente y ordenó a los dos soldados que se llevaran a aquella masa, gran parte de ella mujeres, fuera del área de tiro.

La medida fue acertada, porque a los pocos momentos las balas empezaron a silbar en aquella dirección. Afortunadamente, los agresores apenas podían apuntar.

—Ahí están los más fanáticos —advirtió Lake al inspector—. No dudan en sacrificar a todos los suyos, ahora que se sienten perdidos.

El sargento Fromkess surgió de pronto delante de Jerry.

—¡A la orden, mi capitán!

—¿Quién diablos ordenó derribar la puerta? —preguntó Lake.

—Yo, mi capitán.

—¿Querían ustedes deshacerse de mí?

—Cuando arrojamos las granadas sabíamos dónde se encontraba usted. Acabábamos de mirar por una rendija.

Jerry sonrió, humorístico, al recordar lo a punto que estuvo de situarse junto a la puerta en el momento en que estallaron las dos granadas.

—Ahí dentro hay todo un arsenal —manifestó Jerry—. No por la cantidad de armas sino por la gente que las maneja. Hay que desalojarles antes de que tengan tiempo de coordinar un plan. Tráiganme una careta y echen gases lacrimógenos.

—Pero ¿va usted a volver allí, Lake? —preguntó el inspector.

—Desde luego. Mi intención era hacerles soltar las armas sin necesidad de derramar sangre. Estaba dispuesto a dejar escapar a los más complicados. Ya hubiéramos visto luego si los cazábamos. Todo menos que esta tragedia se produjera en la misma hacienda de Namo Kenta. ¿Qué es de él?

—Se ha retirado a una de las habitaciones interiores para no oír ni ver nada. Es natural que sufra mucho. Al fin y al cabo, esta gente lleva su misma sangre.

Se les acercó un soldado trayendo dos caretas antigás. Una la cogió Jerry, la otra Barker.

Al levantar Lake los brazos para ponérsela, no pudo reprimir un gemido.

—¿Qué le sucede? —preguntó el policía.

—Mi brazo...

Barker reparó entonces en la cara de Jerry.

—¡Pero si está usted ardiendo!

En aquel momento estallaban contra la barraca y dentro de ella, varias granadas lacrimógenas...

—¡Vamos, deprisa! ¡Ayúdeme usted! —ordenó Jerry al soldado.

Obedeció. Aun con la careta a medio ajustar, Jerry echó a correr hacia el pabellón. Se detuvo en el muro en el que se hallaba el boquete de la puerta. Los disparos habían amainado. Entre la humareda ya no se veían las siluetas de los soldados. Todos parecían engullidos por la tierra.

Jerry fue deslizándose, aproximándose al boquete. Notó que alguien se le colocaba detrás. Era el sargento Fromkess. Y detrás de este apareció enseguida Barker.

Lake siguió avanzando. Al llegar al boquete, saltó dentro. Pisó varias astillas y estas crujieron. El ruido había sido muy débil, mas para los sitiados debió sonar como una campana de alarma. De varios sitios, de detrás de los jergones y montones de muebles, empezaron a surgir hombres.

Hombres rígidos o puestos de rodillas, con los ojos cerrados, en la boca, un rictus feroz. Algunos con el cuerpo cruzado de heridas. Todos empuñando un arma de fuego.

Un arma que girando en todas direcciones, disparaba hasta agotar las cápsulas. Entonces este hombre soltaba el arma vacía, se inclinaba y al erguirse aparecía con otra. Apretábanse con la mano izquierda los ojos, lanzaban impresionantes alaridos.

De pronto, las armas empezaron a volverse contra ellos mismos. Algunos aún consiguieron su fatal propósito.

A una seña de Jerry, Barker y Fromkess se arrojaban sobre los individuos más inmediatos, y, con eficaces golpes, consiguieron desarmarles.

Lake, mientras, avanzando sobre una alfombra de muertos y agonizantes, llegó al final del pabellón. Cuando se dio cuenta, ya se hallaba encima de la zanja. Le faltó poco para caer en ella, en la madriguera de «Serpiente Dormida». Aun contenía una caja de fusiles sin destapar.

Con la ayuda de los soldados, el pabellón quedó pronto desalojado de todo aquel que aún se encontrase con vida. Él espectáculo que ofrecían los muertos, tirados por doquier, era tan impresionante, que Jerry, al dirigir una última mirada al interior del local, no pudo menos que exclamar:

—Por todos los medios hemos de evitar que Kenta vea esto. ¿Me oye, Barker?

—Sí —murmuró el policía, abrumado—. Se impresionaría demasiado.

—¡Algo más que eso, Barker! ¡Nos volvería la espalda a los blancos!

—¡Vamos! No diga eso. Parece que continúe usted en su papel de «blanco renegado».

Pero Jerry, ya totalmente poseído por la fiebre, no le oyó. Con ojos brillantes, señalando con un brazo tembloroso la trágica barraca, gritó:

—¡Debemos meditar, Barker! ¡Europa debe meditar!

—¡De acuerdo, Lake! Pero ahora lo que debe usted hacer es cuidarse ese brazo. Vamos a que le curen.

Aún tardó mucho rato en acceder a retirarse. Quiso intervenir personalmente en la inspección de los pabellones, en la distribución de la gente, después que esta hubo sido cuidadosamente cacheada. Las mujeres y los niños fueron alojados juntos.

El personal joven fue concentrado en el pabellón que mayores seguridades ofrecía.

Cuando ya todo estaba ultimado, Jerry decidió regresar al «bungalow». En un corredor se cruzó con Neida. Al verle una mano vendada, preguntó, con vivo interés:

—¿Qué tienes en la mano? ¿Cómo te has herido?

Al pronto, los ojos de Neida reflejaron estupor. Pero se dio cuenta enseguida del estado de Jerry.

—No ha sido nada, capitán.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Es que has salido de la casa? ¡Te lo prohibí!

—Y ha obedecido, capitán —respondió dulcemente la muchacha—. Ahora, ¿consentirá usted que le miremos ese brazo?

Pero en aquel momento, más que una cura lo que Jerry creía necesitar era una montaña de ropa o una potente hoguera que le hiciera entrar en calor. Temblaba, como si más que en un país cálido, un horno en realidad, se hallase en el Ártico.

Lo obligaron a acostarse. En ello intervino Namo Kenta, quien rompiendo su retiro, quiso utilizar su ascendiente sobre el británico para que obedeciera.

En tanto le curaban, preguntó por Lizabeth. Le contestaron que de un momento a otro esperaban que volviera en sí.

—¡Es una buena muchacha, Barker! —exclamó Jerry, mirando tenazmente al inspector.

—Nadie dice lo contrario —respondió el policía.

—¿Sabe por qué fue al pabellón? Ella sabía que allí estaban las armas... y quería ayudarme...

Mentía por una necesidad incontenible de favorecerla, sintiéndose culpable de todo cuanto hiciera aquella mujer.

—Lizabeth conocía a Shesmy de cuando yo la obligaba a alternar con los africanos...

—Ya lo suponemos —manifestó el policía—. Lizabeth fue la que indujo

a Shesmy a eliminar a los Fellini…

—¡No crea nada de eso, capitán Lake! —exclamó Neida, que hacía unos momentos acababa de entrar, trayendo una bandeja con utensilios de cura.

Algo dijo entonces Namo Kenta. Pero Jerry ya no lo entendió. La acusación contra Lizabeth fue lo último que percibió. Luego, la fiebre se encargó de sumirle en un mundo de horror. Vio a los muertos del pabellón ponerse de pie, con sus heridas abiertas; los muertos deformados que yacían cerca de las cataratas, marchar en columna hacia las profundidades de la selva. Apareció de pronto un claro de la selva iluminado por una extraña luz. En medio de un círculo apareció un hechicero. Los muertos comenzaron a desfilar por delante de él. Iban completamente desnudos Unos pasos más allá aguardaba otro hechicero sosteniendo con las manos una vasija llena de sangre. Cada individuo, al llegar allí, bebía siete veces. «¡Cumplimos el juramento!», decían, con voz sorda. Y reanudaban la marcha, desvaneciéndose de pronto…

Jerry, el único hombre blanco, también desnudo para que su blancura destacase en aquella masa como una repugnante llaga, permanecía en medio del círculo. Él era Europa. Más concreto aún: Inglaterra.

El Imperio Británico reventaba por los cuatro costados. Él, Jerry Lake, no era más que un cascote en medio de aquel círculo de hombres convertidos en bastiones inconmovibles, tocados de una fe que tenía toda la fuerza y grandiosidad de la selva…

CAPÍTULO VII

Cuando los Fellini regresaron a Nairobi, se encontraron con una ciudad erizada de alambradas y fusiles. Patrullas de policía indígena reforzadas por soldados británicos, permanecían en un continuo desfile.

La fiebre por las armas de fuego había intoxicado a todos los blancos. De las más apartadas granjas venían los colonos a pedir de los poderes públicos armas con que rechazar un posible ataque. Las armerías estaban vacías. Constantemente estaban llegando por vía aérea cargas de armamento hechas a cuenta y riesgo de los particulares. Formábanse largas colas en las oficinas oficiales donde se extendían autorizaciones para usar armas de fuego.

En los bares, en los vestíbulos de los hoteles, el elemento blanco se entregaba a apasionados debates en los que se discutían las más diversas medidas para cortar de cuajo la ola de terror, por momentos más potente.

Apenas los Fellini llegaron a su hotel, se vieron acosados por periodistas y simples curiosos. En aquellos momentos, Neida dio pruebas de sorprendente energía y serenidad.

—Pero, dígannos lo ocurrido en «Meseta Grande»...

—¡Déjennos! ¡Mi padre necesita reposo!

—No podemos decir nada. Nada sabemos tampoco... Pregunte a la policía.

Era una manera da decir a los curiosos que se marcharan al diablo, porque la policía no decía nada. Nairobi sabía por rumores que en «Meseta Grande» había habido una refriega en la que perecieron destacados elementos del «Mau-Mau».

—¡Muy bien! —exclamaban los partidarios de emplear mano dura—. ¡En mucho tiempo no van a tener ganas de jugar al miedo!

No obstante, el mismo día de llegar los Fellini al hotel, fueron hallados dos cadáveres mutilados en los arrabales de la ciudad. Uno de ellos era un jefe de tribu.

Gracias a la energía que empleó su hija frente a la avalancha de curiosos, Pietro Fellini pudo gozar de unos días de reposo, que era lo que en realidad más necesitaba para la profunda herida que tenía en la clavícula izquierda. Durante aquellos días, no recibieron más visitas que las del doctor y un policía.

Una mañana, Pietro fue autorizado a levantarse.

—Sin abusar —dijo el doctor—. Si no es preciso, no salga de la habitación.

—No tenemos ningún deseo de salir —respondió el italiano, sonriendo tristemente mientras miraba de soslayo a su hija—. Cuando salgamos de esta habitación será para marcharnos del país...

—Todo llegará, no se impacienten...

El doctor se volvió de pronto a mirar a Neida.

—Señorita Fellini: tengo una paciente que se dispone a dejar el país y antes de hacerlo querría tener una entrevista con usted... Supongo que ha adivinado a quién me refiero.

—Sí —respondió la muchacha—. ¿Se encuentra ya restablecida?

Pero no era esa la pregunta que ella quería hacer. La planteó de otro modo:

—¿La autoriza usted a salir de Kenya, doctor?... ¿También las autoridades?

—¿Por qué no? Sus heridas ya no ofrecen cuidado y de todos es sabido que esa mujer ha estado colaborando con la policía. Sería un crimen tenerla aquí, a merced de los terroristas.

Por primera vez en varios días, la muchacha se sintió contenta.

—¡Me alegro! ¡Pobre muchacha!

Los ojos de Neida resplandecían. Sentía la satisfacción de quien ha apartado a una criatura de unas ruedas que estaban a punto de aplastarla.

—¿Puedo decirle que venga?

—¡Sí, doctor! ¡Yo también lo deseo!

La entrevista se efectuó aquella misma tarde, en la habitación que ocupaba Neida. Las dos muchachas, al verse una frente a la otra, ambas muy pálidas, no sabiendo qué decir, resolvieron el momento lanzándose una al cuello de la otra, rompiendo a llorar las dos, sin saber en realidad por qué.

Ya más tranquilas, se sentaron.

—¡Gracias por sus declaraciones! —empezó Lizabeth.

Neida la estaba observando en aquellos momentos. En vano hacía esfuerzos por ocultar el asombro que le producía el profundo cambio que se había efectuado en aquella mujer. En la manera de vestir y de peinarse. En la forma de mirar... Nada había en ella que recordase a la descocada muchacha que conoció en la fiesta nocturna de Namo Kenta.

—De nuestras declaraciones nada tenemos que hablar... Han sido las justas —repuso dulcemente la italiana.

—Es necesario que hablemos de ello, señorita Fellini...

—Llámeme Neida.

—No es verdad que yo indujera a Shesmy a atentar contra ustedes...

—Mi padre y yo estamos convencidos de ello. El accidente sobrevino porque mi padre se empeñó en regresar a la ciudad; Shesmy parecía que tenía «algo» que hacer en la granja, y no accedió. Discutieron y el disparo vino de alguien situado lejos... El inspector Barker nunca lo ha querido

creer, pero es así...

—El inspector Barker está influenciado por lo que yo les dije a él y a Kenta, aquella madrugada, cuando se recibió la noticia de lo ocurrido a Jerry y a ustedes. Declaré que yo había inducido a Shesmy para que realizara el atentado... Pero eso no es del todo mentira. No le dije nada a Shesmy porque la noche que estuvimos en la fiesta de Kenta no pude encontrarle. Aquella noche no estaba yo tan embriagada como parecía. Se me antojaba que Jerry acentuaba la nota de la payasada porque usted estaba presente. En ningún momento les odié más, a él y a usted...

Los esplendorosos ojos de Neida se abrieron llenos de pasmo.

—Pero ¿por qué, Lizabeth?... Usted mejor que nadie podía saber cuán poco significaba yo para el capitán Lake...

Lizabeth sonrió.

—Sí... Yo mejor que nadie sé cuánto significa usted para él. En el tiempo que he estado acompañándole en su horrible farsa, Jerry ha tenido momentos en que se ha confesado a mí en la forma en que pudiera hacerlo uno que se sintiera solo en la selva. Él y yo hemos llegado a los más hediondos medios. Hemos asistido a las depravadas, feroces orgías de negros. Hemos alternado con los tipos más anómalos, en los que apenas si se ha podido entrever una chispa humana... Y había instantes en que Jerry, cansado, me pasaba un brazo por el cuello y entornando los ojos se ponía a hablar, a hablar... Surgía entonces un mundo maravilloso. «La realidad es siempre amarga, Lizabeth —solía decir—. Durante la guerra, yo soñaba para el final una humanidad distinta. Y ya ves...». Sus frases deprimidas cambiaban de pronto, por otras llenas de luz. Era cuando me hablaba de usted. «Lejos de aquí me espera un amor limpio... algo a lo que yo no quiero acercarme por temor a que quede convertido también en amarga realidad».

Lizabeth cogió su bolso, lo abrió y extrajo de él un pequeño envoltorio.

—Algo de esto tal vez lo conozca usted —dijo, ofreciéndole el paquete.

Neida lo abrió. Apenas mirarlo, soltó una exclamación. Contenía dos instantáneas. En ellas aparecía Neida y Jerry. Ella, una niña todavía; él, con su uniforme de campaña, enflaquecido, consumido por las recientes heridas y la intensidad del momento. Al fondo, el «bungalow» de los Fellini, en su plantación de Eritrea... Había también un trozo de cinta, una pequeña sortija de plata...

—¿Reconoce algo? —preguntó Lizabeth.

—¡Todo! —murmuró la italiana.

—Hace tiempo que se lo quité a Jerry. Él cree que lo ha perdido en una de nuestras correrías. De la forma con que le oía hablar de esas reliquias empecé a odiarla a usted. No eran celos, de eso estoy bien segura, era el fervor con que Jerry se expresaba lo que me hería. Nunca como cuando le oía hablar así me sentía tan baja, tan al margen de la vida... Mi única

esperanza era que un día Jerry se acercara a usted y comprobara que usted no era más que «otra triste realidad»...

Lizabeth se la quedó mirando con sincera admiración.

—No ha ocurrido así... y *ahora* lo celebro, Neida. Es usted una realidad demasiado hermosa para que Jerry prefiera su sueño...

Lizabeth se puso en pie.

—Debo marcharme. Salgo esta misma tarde de Nairobi...

—Quisiera ir a despedirla...

—¡No lo intente! Sería una imprudencia... Aquí se encuentra usted segura. El inspector Barker se ha encargado de poner a sus habitaciones una perfecta custodia. Yo sé lo que me ha costado llegar hasta usted, a pesar de que me acompañaba un agente.

Se besaron despidiéndose. Una pregunta pugnaba por salir de los labios de Neida, pero hasta el último momento la contuvo. El sentido de esa pregunta lo halló en la última frase de Lizabeth.

—Sé por el inspector que Jerry se propone hacer una escapada para venir a despedirse de mí... Me alegraría verlo por última vez.

—¿Dónde se encuentra ahora? —inquirió la italiana, esforzándose en dar a su voz un tono normal.

—En la posición de las cataratas. Parece que aún tienen allí mucho trabajo...

Lizabeth abrió la puerta. En el pasillo aguardaban dos agentes. Uno de ellos se marchó hablando cordialmente con la hermosa joven rubia.

Neida, ya sola, abrió la puerta que comunicaba con la habitación de su padre.

—¡«Babbo»! ¡Te guardo una sorpresa!

—Lo sé —interrumpió Pietro, mirando a su hija con bondadosa ironía—. ¡Vaya sorpresa!

Neida ya había puesto las fotos sobre las rodillas de su padre. El poco efecto que hizo el gesto la decepcionó.

—¡Pero «babbo»...!

Pietro soltó la carcajada, que enseguida tuvo que cortar, por el dolor de la herida.

—¡Vamos, pequeña! ¡Si eso estaba claro! ¿Cómo pudiste creer que había dejado de quererte?...

Ahora sí que el grito que lanzó Neida sorprendió a su padre. La muchacha había retrocedido, con los ojos muy abiertos, respirando anhelosamente:

—¡«Babbo»! ¿Qué estás diciendo?... ¡Mi sorpresa se refería a nuestra casa...!

Al «bungalow» que había en la foto, donde Neida había nacido, donde Pietro soportó las primeras y durísimas jornadas de colonizador.

—Es cierto —murmuró Pietro, algo confuso—. La casa...

Levantó la cabeza para mirar a su hija. Ninguno de los dos pudo verse, porque ambos tenían los ojos llenos de lágrimas…

* * *

Era cierto lo que dijo Lizabeth: el capitán Lake tenía todavía mucho que hacer en el sector de las cataratas de Okamga.

La ayuda del joven Gucky resultó valiosa para el esclarecimiento de la muerte de Disenghor. Pero eso, dadas las circunstancias, era lo menos importante. Louis Disenghor cayó por su disentimiento con la trayectoria que últimamente había adoptado el «Mau-Mau».

Eran muchos los indígenas que deseando intervenir más directamente en los destinos de su patria, no estaban, sin embargo, conformes con los procedimientos empleados por la sociedad secreta para conseguirlo.

El abismo a que se abocaba el país colocaba a estos hombres en una de las más terribles disyuntivas. No compartían el terrorismo, pero tampoco se sentían inclinados a una colaboración incondicional con los británicos, para que estos descargasen su represalia sobre la espalda de los africanos. Hombres como Namo Kenta había muchos en Kenya entre el elemento indígena. También los había como Jerry Lake entre los británicos.

Lake y Kenta consideraron lo ocurrido en «Meseta Grande» una piedra de toque que el destino les deparaba para poner a prueba su buena voluntad.

Al día siguiente de los sucesos, «Meseta Grande» se vio invadida por policía indígena y soldados británicos. Afortunadamente, Jerry ya había saltado de la cama. Los recién llegados venían dispuestos a hacer valer su fuerza, sin fijarse sobre quién descargaban los golpes.

—Aquí está todo resuelto —les paró Lake—. En aquel pabellón está el depósito de armas. Los que promovieron la revuelta han muerto o han escapado… Ya irán cayendo. Lo que ahora aquí hace falta es material sanitario para atender a los heridos…

El jefe de la fuerza le miró extrañado:

—¡Capitán Lake! ¿Quiere decir que entre esa gente no habrá complicados? Creo que es usted demasiado optimista…

—No lo crea —repuso Jerry—. Pero considero que debe bastarle mi afirmación de que los complicados que puedan quedar aquí carecen de importancia. Muchos ojos están fijos en el trato que demos a esta gente. Si nos mostramos inexorables, cerraremos la posibilidad de que otros que acechan fuera de aquí, se coloquen a nuestro lado. El inspector Barker y Namo Kenta opinan lo mismo…

El jefe de la fuerza miró a los aludidos. Estos asintieron. El jefe pareció confuso, defraudado, como quien ha cerrado los puños para asestar un fulminante golpe y ve que su objetivo se desvanece.

—Entonces, ¿nada necesitan?

—Sí, comandante —contestó Lake—. Material sanitario... y comprensión.

Sí. Tanto Lake como Barker habían llegado a esa conclusión: debían buscar en lo hondo de aquella hoguera lo que de sano, de humano pudiera contener. A principios de siglo llegaron los primeros colonos y ocuparon unas tierras asoladas por las pestes y por las luchas de tribu. El blanco las saneó y les dio nueva vida. Esa era la razón del colonizador. Pero el elemento africano, concretamente el kikuyu, el más inteligente y el que más contacto había tenido con el europeo, a la larga tenía también su razón. Se veía desplazado de las mejores tierras. Los resortes del país estaban en manos del invasor. El kikuyu reclamaba una mayor participación en la administración del suelo natal. Tenía hombres capaces para ello. Había, además, en la segunda guerra, derramado su sangre en defensa de los aliados.

Jerry, el inspector Barker, el mismo Namo Kenta, veían que el corte con la Gran Bretaña sería fatal si no se detenían a entresacar del vocerío de aquella revuelta, el quejido de las almas nobles que soñaban un nuevo rumbo para su patria. El colonizador debía saber que a la larga, su última cosecha era de piedras. De su comprensión, de su buena voluntad dependía que en los rastrojos quedaran algunas flores de gratitud.

Aquel mismo día, Barker regresó a Nairobi. A las pocas horas, Jerry recibía de la superioridad la felicitación por lo realizado y plenos poderes para seguir actuando en la comarca según su criterio. No era poca la labor que Lake se había echado encima. Le cabía el consuelo de que Namo Kenta estaría de su lado.

Iban a desbrozar la comarca de conjurados, de hacer aquel sortilegio, que pesaba sobre muchos seres. Más que perseguir al indígena, iban a protegerlo contra influencias extrañas. Procurarían por todos los medios que el hechicero quedara desvestido de su poder sobrenatural. Los argumentos de los cabecillas rebeldes quedarían sin efecto porque Namo Kenta y algunos colonos blancos empezaban a dar ejemplo concediendo a familias indígenas participación en las tierras.

Por aquellos días, Jerry recibió una nota de Barker anunciándole que Lizabeth había sido autorizada por el médico y por las autoridades para salir de Kenya. Esta vez aceptó el donativo de Kenta, no viendo en ello más que la buena intención de premiar sus servicios y proporcionarle medios para que en Inglaterra pudiera emprender una nueva vida.

Jerry prometió hacer lo posible por ir a despedirla. No pudo cumplir su promesa porque aquella misma tarde tuvo que internarse en la selva, al frente de un grupo de soldados, para sorprender una reunión secreta.

De aquella incursión regresó con una grave herida de arma blanca en la espalda, y con el importante trofeo de haber capturado a tres cabecillas.

El sargento Fromkess quedó al mando del grupo y Jerry fue evacuado a

Nairobi. Sin este incidente, tal vez Neida y Jerry no se hubieran vuelto a ver.

Lake hubiera seguido soñando con la apasionada criatura que un día dejó en las revueltas tierras de Eritrea, sin decidirse a abordar a la espléndida mujer que el presente le deparaba. Menos que nunca después de la amarga escena de la noche de la fiesta.

Una mañana la vio entrar en su habitación del hospital. Le pareció mucho más delgada y en los ojos le encontró un brillo febril.

—Vengo a despedirme, capitán Lake. Le traigo el saludo de «babbo».

—¿Cómo se encuentra mi buen amigo?

—Bastante bien. No ha venido porque se lo he prohibido. Perdóneme, pero este sitio podía afectarle…

—Comprendo —murmuró Jerry—. Dile a «babbo» que un día iré a visitarle, a Eritrea…

—Difícilmente lo encontrará allí. Tan pronto lleguemos, vamos a liquidar nuestra hacienda y regresar a nuestra patria…

—¿Cómo es eso? ¿Dejar Fellini de ser colono?

—«Babbo» está muy viejo.

—Pero ¿y tú?

Neida entornó los ojos.

—Yo estoy muy cansada.

Se produjo un silencio.

—Ese cansancio lo sentimos todos —dijo Jerry, como si pensara en voz alta—. Pero por fin nos reponemos. Vosotros habéis nacido colonos y colonos seguiréis siendo, mal que os pese. Unos días en Italia os producirán asfixia… Para soportar la dura realidad, debéis siempre disponer de una luz lejana, de una meta…

Pasaron enseguida a hablar de cosas indiferentes. Los dos parecían temerosos de que se produjera un nuevo silencio, como si en el silencio estuviese el peligro.

De pronto, Neida demostró una gran prisa por marcharse. Jerry no hizo nada por detenerla.

Afuera le esperaban su padre y el inspector Barker. Los dos la miraron con curiosidad. La vieron muy pálida. Nada le dijeron hasta que los tres estuvieron dentro del coche.

Se puso el vehículo en marcha y el silencio entre los tres se mantenía. Fue Pietro quien se decidió a romperlo.

—¿Nada nos dices?…

Neida le interrumpió con voz irritada:

—¿Qué esperas que te diga?

Miró alternativamente a su padre y al policía:

—Pero ¿qué esperaban ustedes?

Su limpia voz se hizo fosca; pareció que iba a quebrarse en sollozos. En

aquel momento el coche disminuyó la marcha para cruzar la barricada de sacos de tierra y alambre espinoso que interceptaba un cruce de calles. A la imaginación de Pietro y su hija acudió el recuerdo de los trágicos días en que la población indígena de Eritrea y Abisinia se volvía contra los italianos. Si los Fellini vivían lo debían al capitán Lake.

Ahora eran los ingleses los que se encontraban bajo la rueda.

—Lake va a dejar el ejército —dijo Barker.

—¿Cómo es eso? —inquirió el italiano, sorprendido.

Pero, enseguida, acordándose de su anterior simulacro, agregó:

—Ya: otra misión...

—Sí, pero esta tal vez definitiva. Lake cree, y la superioridad coincide en ello, que como elemento civil podrá rendir mayor servicio a la patria. Namo Kenta le ha cedido la granja que ya le dejó cuando el simulacro. Jerry se propone poner en práctica su teoría: hacer que los indígenas que trabajen con él no se sientan inferiores al patrón. Piensa hacer de su granja una escuela que contrarreste la influencia de la selva... Va a ser una labor difícil, pero él sabrá vencer, si no llega a faltarle la fe...

Neida vio surgir en su espíritu al hombre enflaquecido, de ojos febriles que conociera años atrás: «Cuando todo esto termine, *bambina,* una Humanidad nueva...».

Llegaron al hotel. Aquella misma tarde Barker tenía que volver a recogerles para llevarles a la estación.

A la hora señalada, padre e hija estaban preparados para salir. El equipaje ya se hallaba en el vestíbulo.

Neida se paseaba nerviosamente a lo largo de la habitación, en tanto su padre permanecía sentado en actitud pensativa. Cada vez que sonaban pasos en el corredor, la muchacha se detenía y se quedaba mirando a la puerta, con gran ansiedad. De un momento a otro iba a aparecer Barker. Minutos más tarde se hallarían saliendo de Nairobi...

Apareció por fin el inspector.

—Siento comunicarles que no pueden salir... de momento.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Han ocurrido nuevos lamentables sucesos, ahora en el suroeste de la ciudad. Se suspende el tráfico de viajeros hasta nueva orden... Desde luego, ustedes pueden contar con la guardia de siempre...

—Muchas gracias, inspector —dijo Pietro.

—Esta noche voy a prestar servicio en el hospital en que se encuentra el capitán Lake... ¿Quieren algo para él?

Neida iba a manifestar algo cuando, de pronto, sus ojos se agrandaron mirando en dirección a la puerta. El inspector se volvió.

Vio a Jerry, intensamente pálido, alentando trabajosamente.

—¡Lake! Pero ¿qué hace usted aquí?

Jerry no pareció oírle. Con la mirada tenazmente clavada en Neida,

avanzó hasta ella:

—¡Neida! ¡Si te marchas...!

Ella le interrumpió, cogiéndole de un brazo:

—¡Siéntate, Jerry!

Él obedeció, sin dejar de mirar, pero ahora con asombro, por la naturalidad con que ella le había acogido.

—¿Es que sabías que iba a venir?

—¡Sí! —respondió la muchacha, con los ojos resplandecientes de triunfo.

Se acercó a una ventana. Empezaba a anochecer, y a aquella luz la ciudad presentaba un aspecto siniestro, cruzada de barricadas y sumida en el terror.

—Sé lo que vas a decirme, Jerry... Que no te sientes con fuerzas para la misión que te has echado sobre los hombros. Yo me ofrezco a colaborar contigo, si en algo te ha de valer mi ayuda... ¿Acerté, «capitán Lake»?

Jerry no respondió. Siguió mirándola, subyugado, como si sumido en una intensa oscuridad viera aparecer ante sí una luz o una diosa ante quien postrarse...

—¡Naturalmente que acertó! —exclamó Barker. Pietro se levantó.

—¡Pero, hija mía! ¿Por qué esto? —dijo emocionado y al mismo tiempo aterrorizado por lo que hubiera podido ocurrir si no llegan a surgir dificultades para marcharse.

Neida le adivinó.

—¡Era *preciso* que Jerry no me dejara marchar!

—¿Por qué? —preguntó el inspector.

—Usted mejor que nadie lo sabe, inspector Barker —respondió sonriendo la joven—. Hace tres días que le prometió a Lake que nuestros visados no estarían en orden hasta que él le avisara...

Barker pareció estupefacto.

—¿Cómo lo sabe?

—Secreto profesional —respondió enigmática.

Corrió a dónde estaba Lake y, arrodillándose a sus pies, añadió:

—Sé también lo que le respondiste a Kenta cuando te ofreció formalmente la granja que ya estuvo a tu *cargo:* «Aceptaré, si *bambina* acepta».

Jerry la atrajo hacia sí, maravillado:

—¿Es que te lo ha dicho él? ¡Me prometió...!

—No culpes a nuestro buen amigo —le interrumpió ella—. Lo sé... por mis enlaces. Presintiendo que estaba destinada a substituir a Lizabeth, empecé a establecer enlaces en los puntos precisos. No quiero ser para ti una carga, en tu nueva y difícil misión de paz...

FIN

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

Núm. 340 - María Teresa Largo
SIN FE

Núm. 341 - Lia Ramos
RECONQUISTA DIFICIL

Núm. 342 - Carlos de Santander
PELIGROSA CONFUSION

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

Núm. 236 - Desobel
CAMINO DEFINITIVO

Núm. 237 - E. Aguilar de Rücker
LUZ DE AMANECER

Núm. 238 - Mercedes Muntó
CONFIDENCIA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

Núm. 180 - Carlos de Santander
NOCHE OSCURA

Núm. 181 - Trini de Figueroa
CENIZAS

Núm. 182 - Victor Sanmartín
SOLO EL AMOR IMPORTA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

Núm. 66 - Sergio Duval
TRAS EL TABIQUE

Núm. 67 - M.ª Dolores d'Aracyl
UNA MUCHACHA ATREVIDA

Núm. 68 - Marilyn
RESURGIR

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

Núm. 281 - Fidel Prado
MUERTE CITY

Núm. 282 - Cliff Bradley
RENCILLAS TRAGICAS

Núm. 283 - Raf Segrrom
EL SANGUINARIO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION DETECTIVE

Núm. 24 - Denny Spade
TRAGICA OBSESION

Núm. 25 - Vic Peterson
EL ASESINO RESIDE EN COMISARIA

Núm. 26 - Arnold Briggs
EL FANTASMA DEL VALS VIENES

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 145 - Kent Miller
¡TRAICION!

Núm. 146 - A. Ralcest
HECHICEROS DE MUERTE

Núm. 147 - Alar Benet
LUCHA EN LA SOMBRA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

Núm. 19 - M.ª Adela Durango
MERCADO DE ESCLAVAS

Núm. 20 - M.ª Pilar Carré
UNA PERSONA IMPORTANTE

Núm. 21 - M.ª Teresa Sesé
HISTORIA DE DOS HERMANAS

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 ptas.

[1] "Mau-Mau": *Hombres que se ocultan.*